

La religión como «neurosis obsesiva»

Al estudiar el pensamiento de Freud en materia religiosa es conveniente tener en cuenta un hecho. El psicoanálisis, ya sea considerado como método terapéutico o como tentativa de interpretación de la vida psíquica humana, ha nacido de la experiencia clínica. No surgió como doctrina teórica abstractamente concebida, ni como hipótesis filosófica (aunque añade, naturalmente, como en toda elaboración científica de la experiencia, algunas hipótesis interpretativas), sino que sus orígenes en general son experimentales. Representa una coordinación de hechos directamente observados, y, por lo tanto, desde esta perspectiva ha de comprenderse y juzgarse.

Hecha esta observación preliminar y a modo de resumen del contenido de nuestro trabajo decimos lo siguiente:

Freud, situándose en esa línea “empirista” que caracteriza toda su doctrina se da cuenta de que entre los enfermos neuróticos tratados por él personalmente y los hombres religiosos hay muchas afinidades de comportamiento. El conjunto de plegarias, ritos, etc., le ofrecen fundamentos más que suficientes para construir esa analogía. De aquí concluye que el fenómeno religioso puede comprenderse a partir del fenómeno neurótico.

Como núcleo del comportamiento neurótico Freud encuentra un acontecimiento del pasado del individuo: el complejo de Edipo y más en concreto el “parricidio” o pecado original de la Humanidad. De un modo análogo piensa que el fenómeno religioso debe tener también su origen en un hecho semejante.

La religión se coloca así en estrecha relación con el padre y, en definitiva, consiste en el culto a un padre “sublimado”. La idea de paternidad es el quicio sobre el que gira toda la concepción religiosa de Freud.

1. "RAICES PSICOPATOLOGICAS" DEL FENOMENO RELIGIOSO

Desde un principio, Freud mantuvo el criterio de que las prácticas religiosas tienen una estrecha relación con los fenómenos psicológicos. Más aún, su ateísmo está íntimamente relacionado con el convencimiento de que la religión tiene raíces psicopatológicas, es un intento de solución de conflictos psíquicos¹.

a) *Analogía entre los actos obsesivos de los enfermos neuróticos y las prácticas religiosas*

El tema religioso se va abriendo camino poco a poco en la concepción científica de Freud. En un primer momento, entiende que los mitos o manifestaciones pre-religiosas son "psicología proyectada". Como prueba de ello tenemos un texto suyo del año 1897 en el que se expresa así: "...¿Puedes imaginarte qué son los 'mitos endopsíquicos'? Pues el último engendro de mi gestación mental. La difusa percepción interna del propio aparato psíquico estimula ilusiones del pensamiento que, naturalmente, son proyectadas hacia afuera y —lo que es característico— al futuro y a un más allá. La inmortalidad, la expiación, todo el más allá, son otras tantas representaciones de nuestra interioridad psíquica... psicomitología"².

Más adelante, en 1904, en su obra *Psicopatología de la vida cotidiana*, Freud compara la superstición con la paranoia. "Creo en efecto, que gran parte de aquella concepción mitológica del mundo que perdura aún en la entraña de las religiones más modernas no es otra cosa que psicopatología proyectada en el mundo exterior. La oscura percepción (podríamos decir percepción endopsíquica) de los factores psíquicos y relaciones de lo inconsciente se refleja —es difícil expresarlo de otro modo y tenemos que apoyarnos para

1. Freud estaba convencido de que la actitud religiosa es una compensación del sentimiento de culpabilidad originado por el «parricidio» o asesinato del padre primitivo (cf. *Totem y tabú*, y *Moisés y la religión monoteísta*) y una defensa frente a la inmensa cantidad de frustraciones a que nos vemos expuestos a lo largo de nuestra vida (cf. *El porvenir de una ilusión* y *El mal-estar en la cultura*).

2. Carta a Wilhelm Flies (12-XII-1897), III, p. 3593. Todas las referencias a la obra de Freud están tomadas de: Sigmund FREUD, *Obras Completas*. 3 vol. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1973. Indicaremos en las citas el título de la obra, el volumen en que esa obra se encuentra y la página correspondiente de ese volumen.

hacerlo en las analogías que esta cuestión presenta con la paranoia—, se refleja, decíamos, en la construcción de una realidad sobrenatural que debe ser vuelta a transformar por la ciencia en 'psicología de lo inconsciente'. Podríamos, pues, atrevernos de este modo, o sea, transformando la 'metafísica en metapsicología', a solucionar los mitos del Paraíso, del Pecado original, de Dios, del Bien y del Mal, de la inmortalidad, etc. La diferencia existente entre el desplazamiento del supersticioso y el del paranoico es menor de lo que a primera vista parece. Cuando los hombres comenzaron a pensar se hallaron, indudablemente, compelidos a interpretar antropomórficamente el mundo exterior como una pluralidad de personalidades de su propia imagen. Por tanto, las casualidades, a las que daban una interpretación supersticiosa, eran para ellos actos y manifestaciones de personas, y, en consecuencia, se conducían como los paranoicos, que sacan deducciones y conclusiones de los signos insignificantes que observan en los demás, y como los individuos sanos, que utilizan muy justificadamente, como fundamento de su estimación del carácter de sus semejantes, los actos casuales e inintencionados que en ellos observan. Nuestra moderna concepción del mundo científica pero aún no definitivamente fijada ni mucho menos, es lo que hace que la superstición nos parezca tan fuera de lugar en la actualidad. En la concepción del universo, que se tenía en tiempos y por pueblos precientíficos, la superstición estaba justificada y era lógica"³.

Cuando se habla de paranoia, hay que tener en cuenta que este concepto no está bien delimitado en el psicoanálisis. Con frecuencia aparece mezclado con otros tipos clínicos especialmente con la esquizofrenia y la demencia precoz, aunque, en general, se la distingue de este otro tipo de dolencias con las cuales coincide en un trauma fundamental primario: la disociación. "En la analogía que hace entre el comportamiento del paranoico y el comportamiento religioso, Freud usa un concepto vago de paranoia. El término de comparación se halla en las deducciones que tanto el paranoico como el supersticioso (Freud no distingue entre religioso y supersticioso) sacan de los signos más insignificantes que descubren en los demás. Interpretando tales signos, precipitan un comportamiento en el que se manifiesta una disgregación de la personalidad. El comportamiento religioso puede ser parangonado al paranoico en

3. *Psicopatología de la vida cotidiana*, I, p. 918.

cuanto proyecta al exterior múltiples imágenes de sí mismo, la personifica y les atribuye diversas intenciones, en cuya conformidad orienta y juzga el propio comportamiento”⁴.

El año 1907, en su ensayo *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*, Freud compara la religión y más concretamente la observancia de un ritual con el ceremonial desarrollado por el enfermo neurótico llegando a la conclusión de que ambos procesos tienen una raíz común: son una “defensa” contra la frustración de un deseo de tipo instintivo.

El punto de partida de Freud en el citado ensayo, encierra ya de hecho el desarrollo de toda la problemática. “No soy seguramente el primero en haber advertido la analogía entre los llamados actos obsesivos de los neuróticos y las prácticas devotas con las que el creyente atestigua su piedad. Prueba de ello es el nombre de ‘ceremoniales’ dado a algunos de tales actos obsesivos. Pero, a mi juicio, tal analogía no es meramente superficial; y así, basándonos en el conocimiento de la génesis del ceremonial neurótico, podemos arriesgar algunas conclusiones, por analogía, sobre los procesos psíquicos de la vida religiosa”⁵.

Como buen observador, Freud al reflexionar sobre los distintos casos y neurosis por él tratados, se da cuenta de la semejanza que hay entre el ceremonial desarrollado por los enfermos neuróticos y el ceremonial religioso. De todo ello deduce que en el fondo debe haber un origen común, o por lo menos bastante parecido. Luego, para buscar el origen de la religión bastará con hallar el origen de la neurosis y después por analogía encontraremos la raíz del fenómeno religioso.

Para ilustrar su afirmación sobre la existencia de analogías entre los actos obsesivos de los enfermos neuróticos y las prácticas religiosas, Freud nos hace una descripción del ceremonial neurótico. Este consiste en “pequeños manejos, adiciones, restricciones y arreglos puestos en práctica, siempre en la misma forma o con modificaciones regulares, en la ejecución de determinados actos de la vida cotidiana. Tales manejos nos producen la impresión de meras ‘formalidades’ y nos parecen faltos de toda significación. Así aparecen también a los ojos del enfermo, el cual se muestra, sin embargo,

4. GARCIA CABERO, Manuel, *Freud o la irreligiosidad imposible*. Editorial Verbo Divino, Estella, 1976, p. 30.

5. *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas*, II, p. 1337.

incapaz de suspender su ejecución, pues toda infracción del ceremonial es castigada con una angustia intolerable que le obliga en el acto a rectificar y a desarrollarlo al pie de la letra. Tan nimias como los actos ceremoniales mismos son las situaciones y las actividades que el ceremonial complica, dificulta y retrasa, por ejemplo, el vestirse y el desnudarse, el acostarse y la satisfacción de las necesidades somáticas. El desarrollo de un ceremonial puede describirse exponiendo aquella serie de leyes no escritas a las que se adapta fielmente. Veamos, por ejemplo, un ceremonial concomitante con el acto de acostarse: el sujeto ha de colocar la silla en una posición determinada al lado de la cama y ha de poner encima de ella sus vestidos, doblandos en determinada forma y según cierto orden; tiene que remeter la colcha por la parte de los pies y estirar perfectamente las sábanas; luego ha de colocar las almohadas en determinada posición y adoptar él mismo, al echarse, una cierta postura; sólo entonces podrá disponerse a conciliar el sueño. En los casos leves, el ceremonial parece tan sólo la exageración de un orden habitual y justificado. Pero la extremada minuciosidad de su ejecución dan al ceremonial un carácter de 'acto sagrado'. Por lo general el sujeto soporta mal cualquier postergación del mismo y excluye la presencia de otras personas durante su ejecución"⁶.

No es difícil apreciar en esta descripción las analogías entre el "ceremonial" neurótico y el "ceremonial" religioso. En ambos casos se da el mismo cuidado por respetar el detalle del ritual, la misma atención por no omitir nada, la misma tortura de conciencia cuando se ha omitido algo. Hay, sin embargo, un hecho que parece distinguirlos. Es el hecho de que el ceremonial religioso tenga un simbolismo y un sentido, cosa que no parece ocurrir en el ceremonial neurótico.

Freud salva esta dificultad diciendo que la diferencia es sólo aparente, según puede comprobarse por la investigación psicoanalítica. "Esta investigación desvanece por completo la apariencia de que los actos obsesivos son insensatos y absurdos y nos revela el fundamento de tal apariencia. Averiguamos que los actos obsesivos entrañan en sí y en todos sus detalles un sentido, se hallan al servicio de importantes intereses de la personalidad y dan expresión a vivencias cuyo efecto perdura en la misma y a pensamientos cargados de afectos. Y esto de dos maneras distintas: como repre-

6. Ibid., pp. 1337-1338.

sentaciones directas o como representaciones simbólicas, debiendo, por tanto, ser interpretadas históricamente en el primer caso y simbólicamente en el segundo.

Expondremos algunos ejemplos destinados a ilustrar esta afirmación. A las personas familiarizadas ya con los resultados de la investigación psicoanalítica de las psiconeurosis no les sorprenderá leer que lo representado por medio de los actos obsesivos o el ceremonial se deriva de la experiencia más íntima del sujeto, sobre todo de su experiencia sexual.

a) Una joven, sometida a observación por mí, padecía de la obsesión de dar varias vueltas con la palangana llena en las manos inmediatamente después de lavarse. La significación de este acto ceremonial yacía en el proverbio según el cual no se debe tirar el agua sucia antes de tener otra limpia. El acto tenía por objeto amonestar a una hermana suya y retenerla de separarse de su marido, poco grato, antes de haber entablado relaciones con otro hombre mejor”⁷.

Insistiendo en las analogías Freud ve tanto en los actos obsesivos de los enfermos neuróticos como en el ceremonial desarrollado por el hombre creyente unas medidas de protección y defensa. Los mecanismos psíquicos que encuentra en los neuróticos, son los diversos mecanismos de defensa. El ceremonial al que se somete el comportamiento religioso posee también todos los síntomas de los mecanismos defensivos. “El análisis de los actos obsesivos nos ha procurado ya un atisbo de la causa de los mismos y de la concatenación de sus motivos. Puede decirse que el sujeto que padece obsesiones y prohibiciones se conduce como si se hallara bajo la soberanía de una conciencia de culpabilidad, de la cual no sabe, desde luego, lo más mínimo. Trátase, pues, de una conciencia inconsciente de culpa por contradictorios que parecen los términos de semejante expresión. Esta conciencia de culpabilidad tiene su origen en ciertos acontecimientos psíquicos precoces, pero encuentra una renovación constante en la tentación reiterada en cada ocasión reciente y engendra, además, una expectación angustiosa que acecha de continuo, una expectación de acontecimientos desgraciados, enlazada, por el concepto de castigo, a la percepción interior de la tentación.

7. Ibid., pp. 1338-1339.

Al principio de la formación del ceremonial, el enfermo tiene aún conciencia de que ha de hacer necesariamente esto o aquello si no quiere que le ocurra una desgracia, y por lo regular, todavía se hace presente a su conciencia cuál es la desgracia temida. La relación, siempre demostrada, entre la ocasión en la que surge la angustia expectante y el contenido con el cual amenaza, se oculta ya al enfermo. Así, pues, el ceremonial se inicia como un acto de defensa o de aseguramiento, como una medida de protección.

A la conciencia de culpabilidad de los neuróticos obsesivos corresponde la convicción de los hombres piadosos de ser, no obstante la piedad, grandes pecadores, y las prácticas devotas (rezos, jaculatorias, etc.) con las que inician sus actividades cotidianas, y especialmente toda empresa inhabitual, parece entrañar el valor de medidas de protección y defensa”⁸.

Aparece aquí el sentimiento de culpabilidad como el fundamento del comportamiento obsesivo y religioso. Todos los otros síntomas no harán más que reflejar y testimoniar un conflicto en cuya base se encuentra el sentimiento de culpa. El comportamiento del enfermo neurótico es un síntoma de la lucha que el enfermo sostiene para liberarse del sentimiento de culpabilidad. El neurótico desarrollará una serie de actos y ceremonias para liberarse del citado sentimiento de culpabilidad. Del mismo modo el hombre religioso recurrirá a unos determinados ceremoniales para arrojar de sí ese sentimiento culpable que le invade.

Siendo como vemos tanto la neurosis como la religión una medida de protección y defensa, cabe preguntarse ¿contra qué tiene que defenderse el enfermo neurótico o el hombre religioso? La respuesta es sencilla y nos la da el mismo Freud: contra la influencia de un instinto reprimido percibida como tentación. “Considerando el hecho primero en que se basa la neurosis obsesiva, logramos una visión más profunda de sus mecanismos. Tal hecho es siempre la represión de un impulso instintivo (de un componente del instinto sexual) que se hallaba integrado en la constitución del sujeto; pudo exteriorizarse durante algún tiempo en la vida infantil del mismo y sucumbió luego a la represión. Esta crea una vigilancia especial de la conciencia, orientada hacia los fines de dicho instinto; pero tal vigilancia, producto psíquico de la reacción al

8. Ibid., p. 1340.

mismo, no se considera segura, sino, muy al contrario, amenazada de continuo por el instinto que acecha en el inconsciente.

La influencia del instinto reprimido es percibida como tentación, y en el curso mismo del proceso de represión nace la angustia, la cual se apodera del porvenir bajo la forma de angustia expectante. El proceso de represión que conduce a la neurosis obsesiva es, por tanto, un proceso imperfectamente cumplido y que amenaza fracasar cada vez más. Resulta así comparable a un conflicto sin solución, pues son necesarios de continuo nuevos esfuerzos psíquicos para equilibrar la presión constante del instinto.

Los actos ceremoniales y obsesivos nacen así, en parte como protección contra la desgracia esperada, y en parte como defensa contra la tentación. Pronto los actos protectores no parecen ya suficientes contra la tentación, y entonces surgen las prohibiciones encaminadas a alejar la situación en que la tentación se produce”⁹.

Freud insiste una y otra vez en que el comportamiento del enfermo neurótico surge como amenazado de una tentación a obrar mal, un temor al castigo si obra de un determinado modo, una “defensa” contra algo que presente, pero que al mismo tiempo desconoce. Algo parecido le ocurre al creyente cuyo comportamiento está jalonado por una serie de prácticas que en el fondo tienen el carácter de medidas protectoras y de defensa.

Concluyendo el estudio sobre las analogías y diferencias entre los actos obsesivos de los neuróticos y las prácticas religiosas, Freud define la religión como una “neurosis obsesiva universal”. “Después de señalar estas coincidencias y analogías podríamos arriesgarnos a considerar la neurosis obsesiva como pareja patológica de la religiosidad; la neurosis como una religiosidad individual, y la religión como una neurosis obsesiva universal. La coincidencia más importante sería la renuncia básica a la actividad de instintos constitucionalmente dados, y la diferencia decisiva consistiría en la naturaleza de tales instintos, exclusivamente sexuales en la neurosis y de origen egoísta en la religión”¹⁰.

9. Ibid., p. 1341.

10. Ibid., p. 1342.

2. EL COMPLEJO DE EDIPO COMO "NÚCLEO" DE LA RELIGIOSIDAD

"Aunque Sigmund Freud ya había insinuado sus peculiares puntos de vista acerca de la religión en sugerencias ocasionales de algunos de sus primeros trabajos, habrá que esperar a que en 1913 saque a la luz *Totem y tabú* para tener un conjunto sistemático y amplio de sus opiniones religiosas. *Totem y tabú* es el conjunto de cuatro ensayos de alguna manera acabados en sí mismos, pero que, no obstante, constituyen un todo temático. El nervio sustantivo del libro está en la aplicación y adaptación de las hipótesis psicoanalíticas de explicación y comprensión de las neurosis obsesivas, a la problemática del totemismo y de las prohibiciones tabú, íntimamente conexionadas con él. Estamos ante una tentativa de explicación del misterio de esas antiquísimas costumbres que, para Freud, constituyen, sin más, la aurora de las religiones. Toda religión queda entonces reducida, merced a la aplicación hermenéutica del psicoanálisis, a una obsesión colectiva de la Humanidad, cuyas raíces ocultas, cuya última significación ha sido dado elucidar al psicoanálisis. De esta conclusión, Freud no se apartará ya en el transcurso de su larga existencia"¹¹.

Freud encuentra el "núcleo" del comportamiento neurótico en un acontecimiento del pasado del individuo: en el complejo de Edipo. Siguiendo la analogía, piensa que la religión ha de tener también su explicación en un hecho semejante. Se impone pues el estudio del citado complejo tanto a nivel individual como social.

a) *El Edipo "individual"*

En toda la obra de Freud existe una estructura de fondo que es algo así como el centro de gravitación de todas sus teorías. Este núcleo o centro de gravedad es el complejo de Edipo, complejo estructurador de toda la vida del hombre.

El término "complejo" se debe a la escuela psicoanalítica de Zurich (Bleuler, Jung), que lo entiende como una constelación de ideas, imágenes o recuerdos de gran valor afectivo, total o parcial.

11. FREIJO, Enrique, *El problema religioso en la historia de la psicología médica contemporánea*. Editorial Eset, Vitoria, 1966, pp. 56-57.

mente inconscientes, y que en el conjunto del psiquismo llevan una vida autónoma. Para Freud, el complejo es un conjunto organizado de representaciones psíquicas que poseen una fuerte carga emocional para el sujeto que de un modo consciente o inconsciente prolongan sus efectos en la vida psíquica ¹².

La expresión "complejo de Edipo", la eligió Freud en razón de la analogía existente entre su propia situación infantil y la tragedia de Sófocles. Veamos cómo describe Freud la citada tragedia:

"Edipo, hijo de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta, fue abandonado al nacer, sobre el monte Citerón, pues un oráculo había predicho que el hijo que Yocasta llevaba en su seno sería un asesino. Recogido por unos pastores, fue llevado Edipo al rey de Corinto, que lo educó como un príncipe. Deseoso de conocer su verdadero origen, consultó un oráculo, que le aconsejó no volviese nunca a su patria, porque estaba destinado a dar muerte a su padre y a casarse con su madre. No creyendo tener más patria que Corinto, se alejó de aquella ciudad, pero en el camino encontró al rey Layo, y lo mató en una disputa. Llegado a las inmediaciones de Tebas adivinó el enigma de la esfinge que cerraba el camino hasta la ciudad, y los tebanos, en agradecimiento, le coronaron rey, concediéndole la mano de Yocasta. Durante largo tiempo reinó digna y y pacíficamente, engendrando con su madre y esposa dos hijos y dos hijas, hasta que asolada Tebas por la peste decidieron los tebanos consultar el oráculo en demanda de remedio. En este momento comienza la tragedia de Sófocles. Los mensajeros traen la respuesta en que el oráculo declara que la peste cesará en el momento en que sea expulsado del territorio nacional el matador de Layo. Más, ¿dónde hallarlo?

Pero él, ¿dónde está él?

¿Dónde hallar la oscura huella de la antigua culpa?

La acción de la tragedia se halla constituida exclusivamente por el descubrimiento paulatino y retardado con supremo arte —proceso comparable al de un psicoanálisis— de que Edipo es el ase-

12. En el psicoanálisis, la vida psíquica no es otra cosa que una continua y variada asociación de imágenes que se agrupan formando sistemas, a los que Freud llama «complejos». El método de la «asociación libre» empleado en la terapia psicoanalítica se fundamenta en la teoría de los complejos. Consiste en asociar las representaciones antiguas e inconscientes con otras actuales y conscientes. Al aflorar a la superficie el contenido inconsciente se realiza la curación de las neurosis, que en definitiva constituyen el objeto central de la citada terapia psicoanalítica.

sino de Layo y al mismo tiempo su hijo y el de Yocasta. Horrificado ante los crímenes que sin saberlo ha cometido, Edipo se arranca los ojos y huye de su patria. La predicción del oráculo se ha cumplido"¹³.

El desarrollo de la tragedia de Sófocles puede compararse, en efecto, al trabajo de una cura psicoanalítica. La tragedia no es otra cosa que el desarrollo progresivo y retardado de la verdad según la cual Edipo se descubre a sí mismo como el matador de su padre y el incestuoso de su madre. Freud ve en este mito una verdad psicológica: la de la culpabilidad inconsciente, es decir, la culpabilidad asociada con intenciones que han quedado sumidas en el inconsciente. Tal ocurre en el neurótico que, al reprimir poderosas tendencias hostiles, no por eso se siente menos responsable de esas tendencias, que lo acosan y son vividas como un pecado.

La obra de Sófocles expone cómo el crimen cometido por Edipo se descubre poco a poco, a consecuencia de una larga pesquisa demorada artificialmente pero reactivada sin cesar gracias a nuevos indicios. En el transcurso del diálogo, Yocasta, la madre-esposa cegada por el amor, se opone a que prosigan las averiguaciones, y dice, por ejemplo, que muchos hombres sueñan que cohabitan con su madre y que los sueños no merecen ninguna atención.

Comparando este mito griego con las propias experiencias infantiles reflejadas en su auto-análisis, Freud deduce la "universalidad" del complejo de Edipo: en nuestra infancia todos deseamos incestuosamente a la madre y odiamos al padre que se opone a nuestros impulsos incestuosos. "También en mí comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia, aunque no siempre ocurren tan prematuramente como en aquellos niños que han devenido histéricos. (Similitud con la 'novela genealógica' de la paranoia: héroes fundadores de religiones). Si es así, se comprende perfectamente el apasionante hechizo del 'Edipo rey', a pesar de todas las objeciones racionales contra la idea del destino inexorable que el asunto presupone, y entonces también podríamos comprender por qué todos los dramas ulteriores de ese género estuvieron condenados a tan lamentable fracaso. Es que todos nuestros sentimientos se rebelan contra un destino individual arbitrariamente impuesto, como el que presenta en la 'Ahnfrau' y

13. *La interpretación de los sueños*, I, pp. 506-507.

en otras obras similares; pero el mito griego retoma una compulsión del destino que todos respetamos porque percibimos su existencia en nosotros mismos. Cada uno de los espectadores fue una vez, en germen y en su fantasía, un Edipo semejante, y ante la realización onírica trasladada aquí a la realidad todos retrocedemos horrorizados, dominados por el pleno impacto de toda la represión que separa nuestro estado infantil de nuestro estado actual”¹⁴.

El complejo de Edipo en su sentido amplio, como afición erótica del niño hacia su madre, no es en realidad un descubrimiento del psicoanálisis. Ya en la literatura griega y más en concreto en *La República*, de Platón, se encuentra de algún modo insinuado como puede apreciarse por este texto: “En efecto. Considera lo que yo creo ver con estos deseos, que no es otra cosa que esto: me parece que algunos de los placeres y deseos no necesarios son contrarios a las leyes y se dan, no obstante, en todos los hombres. Con todo, en una parte de estos se ven refrenados por las leyes y por los deseos mejores, gracias a la razón; y desaparecen en totalidad o se debilitan y quedan notoriamente reducidos. En otra parte, en cambio, son más fuertes y numerosos.

¿Me quieres precisar esos deseos?, preguntó.

Pues mira —respondí—, trato de los deseos que se despiertan en el sueño cuando está dormida la parte del alma razonable, pacífica y dominadora de aquella otra, esto es, la parte bestial y salvaje, plena de manjares y de vino, que es la que salta e intenta rechazar al sueño, en vista de satisfacer sus propios apetitos. Sabes perfectamente que en esa situación se atreve a todo, como si se la hubiese liberado y desatado de la vergüenza y de la sensatez. E incluso llega a pensar en yacer juntamente con su madre...”¹⁵.

El mismo Freud en uno de sus textos reconoce que ya antes que él algunos autores han insinuado la existencia del complejo de Edipo y su “universalidad”. “En la medida de nuestros conocimientos, el complejo de Edipo existe en la infancia de todo ser humano, experimenta considerables modificaciones en el curso del desarrollo y en muchos individuos subsiste con variable intensidad aún en la edad madura. Sus caracteres esenciales, su universalidad, su contenido, sus vicisitudes mismas, todo esto fue reconocido por

14. Carta a Wilhelm Flies (15-X-1897), III, p. 3584.

15. PLATÓN, *Le República*, en «Obras Completas», Ediciones Aguilar, Madrid, 1972, pp. 812-813.

un pensador tan agudo como Diderot. Así lo atestigua un pasaje de su renombrado diálogo, *Le neveu de Romeau*, cuya traducción por Goethe en el tomo XLV de la *Sophienausgabe* dice en la página 136 lo siguiente: 'Si el pequeño salvaje quedase librado a sí mismo y si conservase toda su imbecilidad; si uniera a la escasa razón de un niño de pecho la violencia de las pasiones de un hombre de treinta años, por cierto que le retorcería el cuello al padre y deshonraría a la madre'¹⁶.

Y, ¿cómo se forma el complejo de Edipo?

Sirviéndose del concepto de "identificación", Freud nos da la siguiente respuesta: "La identificación es conocida en el psicoanálisis como la manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona y desempeña un papel importante en la prehistoria del complejo de Edipo. El niño manifiesta un especial interés por el padre; quisiera ser como él y reemplazarlo en todo. Podemos, pues, decir que hace de su padre su ideal. Esta conducta no presenta, en absoluto, una actitud pasiva o femenina con respecto al padre (o al hombre, en general), sino que es estrictamente masculina y se concilia muy bien con el complejo de Edipo, a cuya preparación contribuye.

Simultáneamente a esa identificación con el padre o algo más tarde, comienza el niño a tomar a su madre como objeto de sus instintos libidinosos. Muestra, pues, dos órdenes de enlaces psicológicamente diferentes. Uno, francamente sexual, a la madre, y una identificación con el padre, al que considera como modelo a imitar. Estos dos enlaces coexisten durante algún tiempo sin influir ni estorbarse entre sí. Pero a medida que la vida psíquica tiende a la unificación, van aproximándose hasta acabar por encontrarse y de esta confluencia nace el complejo de Edipo normal"¹⁷.

En otro texto, Freud explica así la formación del complejo de Edipo: "El caso más sencillo toma en el niño la siguiente forma: el niño lleva a cabo muy tempranamente su carga de objeto que recae sobre la madre y tiene su punto de partida en el seno materno. Del padre se apodera el niño por identificación. Ambas relaciones marchan paralelamente durante algún tiempo, hasta que, por la intensificación de los deseos sexuales orientados hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo opues-

16. *La peritación forense en el proceso Halsmann*, III, p. 3072.

17. *Psicología de las masas*, III, p. 2585.

to a la realización de tales deseos, surge el complejo de Edipo. La identificación con el padre toma entonces un matiz hostil y se transforma en el deseo de suprimir al padre para sustituirle cerca de la madre. A partir de aquí se hace ambivalente la relación del niño con su madre, como si la ambivalencia, existente desde un principio en la identificación, se exteriorizara en este momento. La conducta ambivalente con respecto al padre y la tierna aspiración hacia la madre considerada como objeto integran para el niño el contenido del complejo de Edipo, simple, positivo”¹⁸.

Papel importante en la formación del complejo de Edipo lo juega la actitud ambivalente del niño con respecto a su padre. El término “ambivalencia” se debe al psiquiatra suizo Bleuler y significa “presencia simultánea de tendencias, actitudes o sentimientos opuestos en relación con un mismo objeto”. Bleuler consideró la ambivalencia en tres terrenos. Volitivo: por ejemplo, el individuo quiere al mismo tiempo andar y no andar. Intelectual: el individuo enuncia simultáneamente un juicio y su contrario. Afectivo: el individuo ama y odia en un mismo movimiento a la misma persona.

Apoyándose en las teorías de Bleuler, Freud dio esencialmente a la ambivalencia una significación afectiva. Es la ambivalencia de las tendencias afectivas la que nos permite comprender mejor la aptitud de los enfermos neuróticos para poner su transparencia al servicio de la resistencia y es también la ambivalencia la que nos induce a buscar, tras el conflicto defensivo (en la medida en que éste pone en juego las instancias del aparato psíquico), las contradicciones inherentes a la vida pulsional.

La ambivalencia juega un papel muy importante en toda la teoría psicoanalítica. Aquí en el complejo de Edipo nos servirá para explicar adecuadamente la naturaleza de las relaciones del hijo con el padre. Este por una parte es el ser todopoderoso que protege al niño en su indefensión. Por eso el niño le ama y lo toma como ideal identificándose con él. Pero simultáneamente el padre es odiado por el niño ya que se interpone en el camino hacia la madre.

Esta situación ambivalente con respecto al padre, seguirá a todas las representaciones sustitutivas del padre. Primero al animal —totem del niño— como el psicoanálisis descubre en los casos de las zoofobias infantiles. Y después a la idea de Dios: Dios es el

18. *El "yo" y el "ello"*, III, p. 2712.

padre en el que, por una parte, se confía, pues es el que nos protege de nuestra indefensión. Pero por otra parte, es el ser a quien se teme ofender pues puede castigarnos. Por tanto a Dios se le ama, pero al mismo tiempo una oculta hostilidad de algún modo se dirige contra él.

El complejo de Edipo está destinado a una muerte natural: pertenece a una organización de la libido condenada primeramente a la "decepción" (el niño no se casará con la madre) y posteriormente a una organización de la libido retrasada. Pero lo que acelera realmente su demolición es el "complejo de castración". La satisfacción de los deseos instintivos lleva consigo la amenaza de castración por parte del padre. El niño se pliega ante las prohibiciones de su progenitor. Para conservar la virilidad, acepta las normas de conducta que se le imponen. Los instintos deponen su rebeldía ante las exigencias de la civilización.

Este proceso de la desaparición del complejo de Edipo es descrito así por Freud: "El hecho clínico que se nos revela detrás de la forma analíticamente establecida del complejo de Edipo presenta una importancia práctica. Averiguamos que en la época de la pubertad, cuando el instinto sexual se afirma con toda su energía, reaparece la antigua elección incestuosa del objeto, revistiendo de nuevo un carácter libidinoso. La elección infantil de objeto no fue más que un tímido prelude de lo que luego se realiza en la pubertad; pero, no obstante, marcó a esta última su orientación de un modo decisivo. Durante esta fase se desarrollan procesos afectivos de una gran intensidad, correspondientes al complejo de Edipo o a una reacción contra él; pero las premisas de estos procesos quedan sustraídas, en su mayor parte, a la conciencia, por su carácter inconfesable. Más tarde, a partir de esta época, el individuo humano se halla ante la gran labor de desligarse de sus padres, y solamente después de haber llevado a cabo esta labor podrá cesar de ser niño y convertirse en un miembro de la comunidad social. La labor del hijo consiste en desligar de su madre sus deseos libidinosos, haciéndolos recaer sobre un objeto real no incestuoso, reconciliarse con el padre, si ha conservado contra él alguna hostilidad, o emanciparse de su tiranía cuando por reacción contra su infantil rebelión se ha convertido en un sumiso esclavo del mismo. Es ésta una labor que se impone a todos y a cada uno de los hombres, pero sólo en muy raros casos consigue alcanzar su término

ideal; esto es, desarrollarse de un modo perfecto, tanto psicológica como socialmente. Los neuróticos fracasan por completo en ella, permanecen sometidos toda su vida a la autoridad paterna y son incapaces de trasladar su libido a un objeto sexual no incestuoso. En este sentido es como el complejo de Edipo puede considerarse como el nódulo de las neurosis”¹⁹.

b) *El Edipo “social”*

Según el pensamiento de Freud existe un paralelismo entre la génesis y desarrollo de la religión en el individuo y la génesis y desarrollo de la religión en la Humanidad; por tanto, si la religiosidad del individuo tiene su raíz psicológica en el complejo de Edipo, será necesario demostrar la existencia de una situación similar a la del Edipo individual en el seno de la Humanidad²⁰.

Ahora bien, la cuestión de la evolución de la conciencia religiosa en la Humanidad es, ante todo, un problema histórico. Freud no podía, por lo tanto, abordarlo con solos sus conocimientos psicoanalíticos sin correr el peligroso riesgo de construir un inmenso castillo en el aire. Si quería fundamentar su empeño sobre alguna base que le prestara cierta consistencia, había de salir del campo propio de su investigación, para moverse por terrenos ‘extra-psicoanalíticos’. De aquí que interese preguntarse cuáles sean los terrenos que pisa Freud en su excursión por la pre-historia e historia del hombre.

Por otra parte, una visión general de la evolución de la conciencia religiosa, como la que pretende Freud, no es tampoco posible sin la aceptación de una Filosofía de la Historia. Freud ha ido más allá de los datos rigurosos y comprobados de la antropología y de la historia; pretende elucidar el sentido de la Religión en el devenir de la cultura humana. Indudablemente tiene que encontrarse una filosofía de la historia en el trasfondo de su intento. Sus aplicaciones psicoanalíticas para coadyuvar a esclarecer el misterio del ‘hecho religioso’ presuponen ya un juicio valorativo sobre el mismo y resuelto el problema del sentido de la Historia. Nos

19. *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, II, pp. 2332-2333.

20. Freud no menciona nunca en sus obras explícitamente el Edipo «social». Sin embargo, es una categoría que sin duda alguna subyace en el fondo de sus teorías. Más aún, entendemos que puede hallarse en sus obras una definición de tipo descriptivo del mismo, por eso nosotros adoptamos esa terminología, que es a nuestro entender más esclarecedora.

interesa esclarecer aquí cuál sea la filosofía de la Historia que ha tomado Freud como base fundamental de sus investigaciones analíticas de aplicación al hecho histórico de la Religión.

Frente al problema de la Historia, Freud aparece como un típico científico decimonónico. Adopta las opiniones en boga en el ambiente científico-biológico del s. XIX. Nada sabe de las más finas orientaciones que, por entonces, empiezan a surgir como reacción a las corrientes fisicistas y organicistas de los científicos y médicos de entonces. Freud ha adoptado como base de sus estudios antropológicos, una interpretación biologista y mecanicista, imposibilitándose a sí mismo toda otra visión más profunda de la Historia”²¹.

Conforme a la mentalidad científica existente en su tiempo, Freud acepta el evolucionismo de Charles Darwin. Según esta doctrina, los distintos seres que forman el Universo o mundo en el que habitamos no han existido siempre bajo la forma que actualmente conocemos, sino que han ido desarrollándose pasando por sucesivas etapas o períodos de perfeccionamiento. Aplicada esta teoría al caso del hombre quiere decir que éste es el resultado de la evolución de un antropoide primitivo.

Además de aceptar el evolucionismo de Darwin, Freud hace suya la ley biogenética de Haeckel, expresada sintéticamente así: “La ontogénesis es el compendio de la filogénesis”, es decir, los distintos estadios del desarrollo por los que atraviesa un organismo vivo hasta alcanzar su plenitud, no hacen sino repetir de una manera compendiada y en un breve espacio de tiempo aquellos momentos de la evolución por los que a ido pasando a través de los siglos el desarrollo filogenético de la especie a que pertenece. “La evolución del individuo representa la repetición suscita de la evolución de la especie. En todas las especies se han producido modificaciones corporales progresivas en el curso de los largos períodos de la filogenia. El individuo recorre las mismas etapas evolutivas en el curso de su desarrollo. En el plano psíquico se da igualmente en el individuo una evolución que repite el desarrollo filogenético”²².

También admite Freud la “herencia de los caracteres adquiridos” propugnada por Lamarck que afirma que ciertas antiguas experiencias de la Humanidad son transmitidas hereditariamente. Pre-

21. FRELJO, Enrique, o. c., pp. 167-168.

22. ABRAHAM, Karl, *Rêve et Mythe*. Payot, Paris, 1965, p. 214.

cisamente en la medida en que se da por supuesto que la evolución del individuo reproduce en sus líneas generales la evolución psíquica de la especie, ha de poder justificarse "a priori" la aplicación de un esquema individual a la historia colectiva. Por otra parte, las lagunas del análisis individual se aclaran singularmente, si se recurre a la herencia arcaica. "La conducta del niño neurótico frente a sus padres, en los complejos de Edipo y de castración, está colmada de tales reacciones, que parecen individualmente injustificadas y que sólo filogenéticamente se tornan comprensibles, es decir, por medio de su vinculación con vivencias de generaciones anteriores. Sin duda valdría la pena reunir y publicar el material en que aquí puedo fundarme; su valor probatorio me parece lo bastante sólido como para atreverme a dar un paso más, afirmando que la herencia arcaica del hombre no sólo comprende disposiciones, sino también contenidos, huellas mnemónicas de las vivencias de generaciones anteriores. Con esto hemos ampliado significativamente la extensión y la importancia de la herencia arcaica"²³.

Finalmente, Freud acepta las llamadas teorías antropológicas de la pre-historia. Las citamos tal como él las menciona: "En 1912, en mi obra *Totem y tabú*, traté de reconstruir la situación arcaica de la cual emanaron tales efectos. Recurrí con este fin a ciertas reflexiones teóricas de Charles Darwin, de Atkinson y especialmente de W. Robertson Smith, combinándolas con hallazgos y sugerencias de la práctica psicoanalítica. De Darwin tomé la hipótesis de que el hombre vivió originariamente en pequeñas hordas, cada una dominada brutalmente por un macho de cierta edad, que se apropiaba todas las hembras y castigaba o mataba todos los machos jóvenes, incluso a sus propios hijos. De Atkinson procede la segunda parte de esta descripción: dicho sistema patriarcal tocó a su fin en una rebelión de los hijos, que se aliaron contra el padre, lo dominaron y devoraron su cuerpo en común. Siguiendo la teoría totémica de Robertson Smith, admití que la horda paterna cedió luego el lugar al clan fraterno totémico. Para poder vivir en paz, los hermanos victoriosos renunciaron a las mujeres, a las mismas por las cuales habían muerto al padre, y aceptaron someterse a la exogamia. El poder del padre estaba destruido; la familia se organizó de acuerdo con el sistema matriarcal. La actitud afectiva ambivalente de los hijos hacia el padre se mantuvo en vigencia durante

23. *Moisés y la religión monoteísta*, III, p. 3301.

toda la evolución ulterior. En lugar del padre se erigió a determinado animal como totem, aceptándolo como antecesor colectivo y como genio tutelar; nadie podía dañarlo o matarlo; pero una vez al año toda la comunidad masculina se reunía en un banquete, en el que el totem, hasta entonces reverenciado, era despedazado y comido en común. A nadie se le permitía abstenerse de este banquete, que representaba la repetición solemne del parricidio, origen del orden social, de las leyes morales y de la religión. Muchos autores antes que yo advirtieron la notable correspondencia entre el banquete totémico de Robertson Smith y la comunión cristiana”²⁴.

Apoyándose en estos pilares y sirviéndose de la analogía existente entre el comportamiento de los enfermos neuróticos y el comportamiento de los hombres primitivos, Freud con una atrevida hipótesis intenta esclarecer la génesis del sentimiento religioso de la Humanidad.

Examinando las costumbres de los pueblos primitivos a través de los datos que le proporciona la Historia, la Etnología, etc., Freud comprueba en ellos la existencia de dos prohibiciones: el incesto y la de matar al totem. “Las dos prohibiciones tabú más antiguas e importantes aparecen entrañadas en las leyes fundamentales del totemismo: respetar al animal totem y evitar las relaciones sexuales con los individuos del sexo contrario, pertenecientes al mismo totem”²⁵.

La conexión de estos dos deseos coartados por la ley del tabú, con los dos elementos constitutivos del complejo de Edipo (fijación incestuosa a la madre y parricidio o asesinato del padre) son evidentes. Esto prueba según Freud que en los orígenes del totemismo se ha dado una situación similar a la del complejo de Edipo individual.

“Conducido por esta manera de pensar, y apoyado en las hipótesis de Darwin y Atkinson, Freud supone que en un principio la Humanidad viviría organizada en hordas salvajes, dominadas por un padre, macho tiránico e imperioso, que con su intolerancia sexual habría impuesto a todos sus hijos la continencia, mientras se reservaba para sí el libre ejercicio sexual con las hembras de la horda.

24. Ibid., p. 3320.

25. *Totem y tabú*, II, p. 1767.

En esta situación se establecería en los hijos de la horda una situación similar a la de Edipo. Sus instintos sexuales se orientarían hacia la madre y las hermanas, pero como el principal obstáculo para la consecución de sus deseos libidinosos estaba en el padre, habrían alimentado para con él un odio feroz y el deseo de eliminarlo. Por otra parte, el padre primitivo habría sido para sus hijos el ideal oculto y soñado, al que se deseaba substituir en sus privilegios e imitar en todo. Se trataría de la conocida situación ambivalente que caracteriza las relaciones del hijo para con el padre durante el período del Edipo.

El padre expulsaría de la horda a todos sus hijos machos. Pero estos se coaligarían entre sí y determinarían matarle para acabar con su desesperada situación y poder satisfacer sus instintos más vehementes. Un día cometerían el crimen, y después devorarían el cadáver del padre, sin duda movidos por el deseo de adquirir ellos también su fuerza y omnipotencia y reforzar así los lazos de aquella primitiva identificación que les había llevado a tomar a su padre como ideal personal de su propia vida.

En el comienzo, por lo tanto, de la Religión y de la Moral y en las prohibiciones 'tabús' del totemismo se encuentra este crimen original: el asesinato del padre, que los primitivos llevaron realmente a cabo, mientras que en los niños sólo se encuentra en la raíz de sus deseos escondidos y ocultos²⁶.

Así, pues, siguiendo el planteamiento del problema en los términos en que lo hace Freud, se puede decir que los medios que posee para acercarse a la génesis del fenómeno religioso son dos: los datos que le facilita la investigación psicoanalítica según hemos visto en el Edipo "individual" y los resultados y las conclusiones a que le conducen la Etnología, la Historia, etc., y que hemos visto reflejados en el Edipo "social". El punto de contacto de ambos planteamientos se encuentra en la idea de que cada hombre reproduce hasta cierto punto las experiencias vividas por la humanidad en el pasado y la conclusión es la misma: el origen de la religión hay que buscarlo en el "parricidio" o pecado original del individuo y de la Humanidad.

26. FREUD, o. c., pp. 210-211.

3. EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD, ESTRUCTURA BASICA DEL COMPORTAMIENTO RELIGIOSO

El sentimiento de culpabilidad es la estructura básica del comportamiento neurótico. Es la fuente y su raíz. Todos los demás síntomas no harán más que testimoniar el conflicto interior del que el sentimiento de culpa es el reflejo principal. Siendo como es la religión —según el pensamiento de Freud— una "neurosis obsesiva", es lógico que la culpabilidad se halle en la base del comportamiento religioso ²⁷.

a) *El "parricidio" como fuente del sentimiento de culpabilidad*

El tema de la culpabilidad preocupó a Freud desde muy pronto. Es una cuestión a la que dedicó atención preferente desde sus primeros escritos. Sin embargo, es de los temas que se hallan más confusamente explicados en el psicoanálisis. El mismo Freud confiesa las dificultades que encuentra para explicar el origen de ese sentimiento. "El psicoanálisis tiene sobre la génesis del sentimiento de culpabilidad una opinión distinta de la que sustentan otros psicólogos, pero tampoco a él le resulta fácil explicarla" ²⁸.

En la base del sentimiento de culpabilidad Freud pone siempre un conflicto: la represión de deseos de carácter sexual o agresivos. "Ahora bien, creemos poder discernir en Freud una doble etapa, bastante definida, en la determinación del contenido que se asigna a este conflicto. En una primera fase, el enfrentamiento tendría lugar entre las fuerzas represoras y las pulsiones de la libido, concre-

27. Para el estudio del sentimiento de culpabilidad recomendamos de manera especial la obra de Jesús CORDERO, *Psicoanálisis de la culpabilidad*. Editorial Verbo Divino, Estella, 1976. También son interesantes las obras de León GRINBERG, *Culpa y depresión. Estudio psicoanalítico*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1971; Melanie KLEIN, *The psychoanalysis of children*. The Hogarth Press, London, 1950; Serge LBOVICI, *Les sentiments de culpabilité chez l'enfant et chez l'adulte*. Hachette, Paris, 1971; A. HESNARD, *L'univers morbide de la faute*. P.U.F., Paris, 1949; Jean Claude SAGNE, *Peché, culpabilité, pénitence*. Les Editions du Cerf, Paris, 1971; W. BITTER, *Angustia y pecado*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1969; J. SARANO, *Fe, dialéctica y culpabilidad*. Ed. Troquel, Buenos Aires, 1966; Paul RICOEUR, *Finitude et culpabilité*. Aubier-Montaigne, Paris, 1960; y C. CASTILLA DEL PINO, *La Culpa*. Revista de Occidente, Madrid, 1968.

28. *El malestar en la cultura*, III, p. 3053.

tándose en traumas sexuales; en la segunda, entra en juego con carácter preponderante, la represión de las tendencias agresivas, cuya introyección y encauzamiento hacia el propio yo originaría la tensión que se manifiesta como sentimiento de culpabilidad”²⁹.

En una primera etapa, Freud piensa que el origen del sentimiento de culpabilidad se encuentra en la represión de instintos sexuales: en el “parricidio” o asesinato del padre que se interpone en el camino hacia la madre. “El parricidio, es, según la interpretación ya conocida, el crimen capital y primordial, tanto de la Humanidad como del individuo. Desde luego, es la fuente principal del sentimiento de culpabilidad, aunque no sabemos si la única, pues las investigaciones no han podido determinar con seguridad el origen psíquico de la culpa y de la necesidad de rescatarla. Pero tampoco es preciso que sea, en efecto, la única. La situación psicológica es complicada y precisa de aclaración.

La relación del niño con su padre es una relación ambivalente. Además del odio que quisiera suprimir al padre como a un enfadoso rival, existe, regularmente, cierta magnitud de cariño hacia él. Ambas actitudes llevan, conjuntamente, a la identificación con el padre. El sujeto quisiera hallarse en el lugar del padre porque le admira; quisiera ser como él y quisiera al mismo tiempo suprimirlo. Ahora bien, toda esta evolución tropieza con un poderoso obstáculo. En un momento dado, el niño llega a comprender que la tentativa de suprimir al padre como a un rival sería castigada por aquél con la castración. Y así, por miedo a la castración, esto es, por interés de conservar su virilidad, abandona el deseo de poseer a la madre y suprimir al padre. En cuanto tal deseo permanece conservado en lo inconsciente, constituye la base del sentimiento de culpabilidad”³⁰.

Los enamoramientos incestuosos edipianos han de sucumbir a la represión y como consecuencia de este proceso de represión, surge el sentimiento de culpabilidad enlazado indudablemente a aquellos deseos incestuosos. Es de advertir, no obstante, que las ideas sobre este particular no parecen muy claras en la mente de Freud quien conecta la represión de los deseos instintivos de tipo sexual con actos llevados a cabo bajo la influencia de unos determinados deseos inconscientes.

29. CORDERO, Jesús, o. c., pp. 55-56.

30. *Dostoyevski y el parricidio*, III, p. 3008.

En una segunda etapa, Freud piensa que la represión de los instintos de agresividad es la que da origen al sentimiento de culpabilidad. Esta idea se halla expresada en *El malestar en la cultura* de esta forma: "Pero hay una cuestión que está más a nuestro alcance. ¿A qué recursos apela la cultura para coartar la agresión que le es antagónica, para hacerla inofensiva y quizá para eliminarla? Ya conocemos algunos de estos métodos, pero seguramente aún ignoramos el que parece ser más importante. Podemos estudiarlo en la historia evolutiva del individuo. ¿Qué le ha sucedido para que sus deseos agresivos se tornaran inocuos? Algo sumamente curioso, que nunca habríamos sospechado y que, sin embargo, es muy natural. La agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio 'yo', incorporándose a una parte de éste, que en calidad de 'super-yo' se opone a la parte restante, y asumiendo la función de 'conciencia' (moral), despliega frente al 'yo' la misma dura agresividad que el 'yo', de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños. La tensión creada entre el severo 'super-yo' y el 'yo' subordinado al mismo la calificamos de 'sentimiento de culpabilidad'; se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo, debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada"³¹.

Examinados estos dos planteamientos uno tiene la impresión de que Freud ha puesto dos fuentes del sentimiento de culpabilidad. Sin embargo, en el fondo los dos coinciden en una misma raíz de ese sentimiento que es el "parricidio". "Tenemos, en resumen, que los componentes agresivos del conflicto pulsional son los que originan, al nivel individual —y como veremos, en el plano cultural—, el sentimiento de culpabilidad, desde el momento en que han de ser objeto de represión. Por un lado, parece que Freud ha rectificado todas sus anteriores apelaciones a una etiología sexual de los sentimientos de culpabilidad; pero más bien habría de afirmarse que ha dado un paso adelante en la misma dirección. Esos elementos libinales están presentes, y salen al paso de quien busca las motivaciones del sentimiento de culpabilidad, aún cuando no constituyan su última razón de ser. La satisfacción erótica impedida

31. *El malestar en la cultura*, III, p. 3053.

o reprimida desencadena el montante de agresividad, que al tener que ser, a su vez, objeto de represión, da lugar a la formación del nódulo inconsciente del que brota, como de principio fontal último, el perturbador sentimiento de culpabilidad, que queda, por ese camino, vinculado a la primitiva pulsión de muerte de la materia viva”³².

Es preciso subrayar que el sentimiento de culpabilidad postulado por el psicoanálisis es normalmente inconsciente ya que se origina como resultado del complejo de Edipo y este como todos sabemos forma parte del mundo inconsciente. “Podemos ir aún más allá —dice Freud— y arriesgar la presunción de que gran parte del sentimiento de culpabilidad tiene que ser, normalmente, inconsciente, por hallarse la génesis de la conciencia moral íntimamente ligada al complejo de Edipo, integrado en el inconsciente”³³.

Freud admite la existencia de un sentimiento de culpabilidad consciente, no obstante, por su manera de expresarse él se refiere normalmente al sentimiento de culpabilidad inconsciente. “Los enfermos no nos creen cuando les atribuimos un ‘sentimiento inconsciente de culpabilidad’; para que lleguen a comprendernos, aunque sólo sea en parte, les explicamos que el sentimiento de culpabilidad se expresa por una necesidad inconsciente de castigo. Pero no hemos de sobrevalorar su relación con la forma que adopta una neurosis, pues también en la obsesiva hay ciertos tipos de enfermos que no perciben su sentimiento de culpabilidad, o que sólo alcanzan a sentirlo como torturante malestar, como una especie de angustia, cuando se les impide la ejecución de determinados actos. Sin duda sería necesario que por fin se comprendiera todo esto, pero aún no hemos llegado a tanto. Quizá convenga señalar aquí que el sentimiento de culpabilidad no es, en el fondo, sino una variante topográfica de la angustia, y que en sus fines ulteriores coincide por completo con el ‘miedo al super-yo’. Por otra parte, en su relación con la conciencia, la angustia presenta las mismas extraordinarias variaciones que observamos en el sentimiento de culpabilidad. En una u otra forma, siempre hay angustia oculta tras todos los síntomas; pero mientras en ciertas ocasiones acapara ruidosamente todo el campo de la conciencia, en otras se oculta a punto tal, que nos vemos obligados a hablar de una ‘angustia in-

32. CORDERO, Jesús, o. c., pp. 75-76.

33. *El “yo” y el “ello”*, III, pp. 2723-2724.

consciente', o bien, para aplacar nuestros escrúpulos psicológicos, ya que la angustia no es, en principio, sino una sensación, hablaremos de 'posibilidades de angustia'. Por eso también se concibe fácilmente que el sentimiento de culpabilidad engendrado por la cultura no se perciba como tal, sino que permanezca inconsciente en gran parte o se exprese como un malestar, un descontento que se trata de atribuir a otras motivaciones"³⁴.

b) *Las prácticas religiosas como respuesta al sentimiento de culpabilidad*

La crítica freudiana de la religión nos dice que el fenómeno religioso surge como una medida para aplacar el sentimiento de culpabilidad que ha brotado de la crisis edípiana. Freud se ha dado cuenta, por el análisis de los actos obsesivos, que los ritos o ceremonias religiosas se derivan del proceso por el que las neurosis satisfacen un deseo prohibido por medio de la sustitución del objeto. Estos actos son una protección en contra de la culpabilidad. La religión aparece como el esfuerzo individual y colectivo incesantemente repetido que trata de aplacar la angustia y la culpabilidad. Esta angustia y esta culpabilidad es la forma más aguda de la miseria humana, y Freud cree que se explica por la permanencia de la crisis edípiana.

La fuerza de las reconstrucciones freudianas está en suponer en el neurótico y en el hombre primitivo una actitud ambivalente con respecto al padre. Tanto el neurótico como el hombre primitivo odiaban al padre hasta desear su muerte pues se oponía a sus exigencias sexuales, pero simultáneamente se le amaba y se intentaba identificarse con él. No es de extrañar, entonces, que una vez cometido el parricidio aparezca un sentimiento de culpabilidad que según Freud está siempre presente en el proceso de formación de las prácticas religiosas.

"Para hallar verosímiles estas consecuencias —dice Freud— haciendo abstracción de sus premisas, basta admitir que la horda fraterna abrigada con respecto al padre aquellos mismos sentimientos contradictorios que forman el contenido ambivalente del complejo paterno en nuestros niños y en nuestros enfermos neuróticos. Odiaban al padre que tan violentamente se oponía a su necesidad de

34. *El malestar en la cultura*, III, p. 3061.

poderío y a sus exigencias sexuales, pero al mismo tiempo le amaban y le admiraban. Después de haberlo suprimido y haber satisfecho su odio y su deseo de identificación con él, tenían que imponerse en ellos los sentimientos cariñosos, antes violentamente dominados por los hostiles. A consecuencia de este proceso afectivo surgió el remordimiento y nació la conciencia de culpabilidad, confundida aquí con él, y el padre muerto adquirió un poder mucho mayor que el que había poseído en vida, circunstancias todas que comprobamos aún hoy día en los destinos humanos. Lo que el padre había impedido anteriormente, por el hecho de su existencia, se lo prohibieron luego los hijos a sí mismos en virtud de aquella 'obediencia retrospectiva' característica de una situación psíquica que el psicoanálisis nos ha hecho familiar. Desautorizaron su acto, prohibiendo la muerte del totem, sustitución del padre, y renunciaron a recoger los frutos de su crimen, rehusando al contacto sexual con las mujeres accesibles ya para ellos. De este modo es como la 'conciencia de culpabilidad' del hijo engendró los dos tabúes fundamentales del totemismo, los cuales tenían que coincidir con los deseos reprimidos del complejo de Edipo. Aquel que infringía estos tabúes se hacía culpable de los dos únicos crímenes que preocupaban a la sociedad primitiva"³⁵.

En conclusión, la situación edípica es la que desencadena la conciencia de culpabilidad, a partir de la cual surgirán los elementos culturales de la moral y de la religión. "Tendríamos, pues, que de la conciencia de culpabilidad derivan 'los dos tabúes del totemismo, con los cuales se inicia la moral humana'. El tabú que prohíbe dar muerte al totem y el tabú del incesto se ven impuestos por el sentimiento de culpabilidad, y de hecho constituirán el núcleo original de toda la moral humana. Esta se inicia y adquiere su fuerza, pues, a partir de la conciencia de culpabilidad.

Ahora bien, si la renuncia sexual impuesta por el tabú del incesto constituye la base de la convivencia civilizada, por su parte el tabú totémico va a dar origen al nacimiento de las primeras formas de religión. Las primeras tentativas religiosas, representadas según Freud por el totemismo, surgen como manifestación de arrepentimiento y, sobre todo, para apaciguar el sentimiento de culpabilidad que no dejaba de atormentarles"³⁶.

35. *Totem y tabú*, II, p. 1839.

36. CORDERO, Jesús, o. c., p. 129.

4. EL TOTEMISMO COMO RELIGION PRIMITIVA

Freud expone su concepción sobre el totemismo como religión primitiva en la obra *Totem y tabú*. Eran unos tiempos en los que el hablar del totemismo estaba de moda. Freud se hizo eco de este "signo de los tiempos"³⁷.

Por otra parte, "Freud vivía la experiencia de su descubrimiento del complejo edípico. Este tema se aplica a la psicología colectiva. En esta última perspectiva, Freud imagina una hipótesis etnológica (que, en el fondo, es casi exclusivamente psicológica): el totem es un sustitutivo del padre primitivo, asesinado por sus hijos. El remordimiento, el sentimiento de culpa originado por tal crimen, lleva a un desplazamiento, a consecuencia del cual se produce la veneración del padre y, naturalmente, del totem, sustituto del padre"³⁸.

a) *Las zoofobias infantiles*

Clave para entender la doctrina de Freud que nos habla del culto rendido al totem es el estudio de las fobias animales de los niños. Una vez más, Freud empleando la analogía va a tratar de dar una explicación del totemismo, o religión primitiva de la Humanidad, a base de aplicar a los pueblos primitivos algunos de los rasgos de la psicología infantil y sobre todo de los niños influenciados por síntomas neuróticos.

"Uno de los fundamentos de la investigación y teorización de Freud es la observación de los pacientes neuróticos durante los tratamientos psicoanalíticos. De ellos saca conclusiones que unas veces están orientadas hacia los individuos en particular, y que otras veces sirven para interpretar procesos culturales y sociales de índole general. A Freud le llamó la atención el hecho de que los niños pequeños, al principio, amen generalmente a los animales,

37. La palabra «totem» fue introducida, bajo la forma de «totam» en 1791, por el inglés J. Long, que la tomó de los pieles rojas de América del Norte. Despertó pronto vivo interés entre los científicos y provocó abundantes trabajos entre los que citaremos como más importantes, el titulado *Totemism and Exogamy*, obra en 4 volúmenes, escrita el año 1910 por J. G. FRAZER y las investigaciones y publicaciones de Andrew LANG, *The Secret of the Totem* (1905).

38. GARCIA CABERO, Manuel, o. c., p. 47.

y que generalmente entren también en una fase evolutiva en la que de repente temen a determinados animales. Si analizamos tales fobias hacia los animales, estudiándolas en los niños mismos o en los adultos en que se han conservado como neurosis, descubrimos entonces que su fundamento es un temor al padre. Ese temor, en tales casos, se 'desplaza' hacia un símbolo del padre: hacia el animal. La causa de este desplazamiento se halla en una 'represión' del temor, en una represión hacia el inconsciente, ya que el niño querría venerar y amar a su padre, y no temerle. Ahora bien, lo reprimido no se puede aniquilar. Vuelve a surgir del inconsciente, aunque lo haga en otro lugar, que casi siempre suele aparecer como inocuo. Y, así, en lugar del padre surge un animal. Pero en la zona más profunda, ambas cosas, el amor y el miedo, se refieren al padre.

Según Freud, las raíces para el amor y el miedo a los progenitores y especialmente hacia el padre, residen en el complejo de Edipo (el rey Edipo dio muerte 'inconscientemente' a su padre —es decir, sin saberlo—, y pudo así casarse con su madre: según Freud, un deseo primigenio que hay en todo hombre). El complejo de Edipo tiene dos efectos principales: en caso de que no haya sido elaborado, engendra neurosis en numerosos pacientes individuales, verbigracia en forma de fobias compulsivas hacia los animales. En segundo lugar, influye en toda la humanidad, y la obliga a reacciones socio-culturales universales, y por cierto en forma de ritos y prácticas religiosas. Así se explica que los temores y compulsiones de algunos niños y neuróticos frente a los animales sean los mismos que los compañeros del totem experimentaban con respecto al animal totémico. Pero también existen los sentimientos contrarios de veneración y exaltación. En una palabra: el animal totémico es, en el fondo, el padre; más exactamente: el patriarca o fundador de la familia³⁹.

Es interesante en este sentido el estudio que hace Freud de una fobia de un niño de cinco años. "Se trataba de un miedo tal a los caballos, que el niño se negaba a salir a la calle y temía incluso que llegasen hasta su habitación para morderle. Esta temida agresión debía constituir el castigo de su deseo de que el caballo cayese (muriese). Cuando se logró apaciguar el temor que al niño le ins-

39. ZARNT, Heinz, *Jesús de Nazaret y Sigmund Freud*. Editorial Verbo Divino, Estella, 1974, pp. 114-115.

piraba su padre, pudo observarse que luchaba contra el deseo de la ausencia (la partida, la muerte) del mismo, pues veía en él a un rival que le disputaba los favores de la madre, hacia la que se orientaban vagamente sus primeros impulsos sexuales. Se hallaba, pues en aquella típica disposición del sujeto infantil masculino que ha sido designada con el nombre de 'complejo de Edipo' y en la que vemos el complejo central de la neurosis. El análisis de este niño, al que llamaremos Juanito, nos reveló una nueva circunstancia, muy interesante desde el punto de vista del totemismo, pues vimos que había desplazado sobre el animal una parte de los sentimientos que su padre le inspiraba.

El análisis nos descubre todos los trayectos asociativos, tanto los de contenido importante como los accidentales, a lo largo de los cuales se efectúa tal desplazamiento, y nos permite adivinar los motivos de este último. El odio nacido de la rivalidad con el padre no ha podido desarrollarse libremente en la vida psíquica del niño, por oponerse a él el cariño y la admiración preexistentes en la misma. El niño se encuentra, pues, en una disposición afectiva equívoca —ambivalente— con respecto a su padre, y mitiga el conflicto resultante de tal actitud desplazando sus sentimientos hostiles y temerosos sobre un subrogado de la persona paterna. Pero este desplazamiento no consigue resolver la situación, estableciendo una definida separación entre los sentimientos cariñosos y los hostiles. Por el contrario, persisten el conflicto y la ambivalencia, pero referidos ahora al objeto del desplazamiento. Así, comprobamos que no es sólo miedo lo que los caballos inspiran a Juanito, sino también respeto e interés. Una vez apaciguados sus temores, se identificó con el temido animal y jugaba a correr y saltar como un caballo, mordiendo a su padre. En otro período de mejoría de la fobia identificó sin temor alguno a sus padres con otros distintos animales de crecido tamaño.

No podemos menos de reconocer en estas zoofobias infantiles ciertos rasgos de totemismo, aunque bajo un aspecto negativo"⁴⁰.

Para el psicoanálisis, los temores y compulsiones de algunos niños y neuróticos son los mismos que experimentaban los miembros del clan con respecto al animal totémico, por tanto, el desplazamiento que hace el niño hacia el animal como símbolo del padre

40. *Totem y tabú*, II, pp. 1829-1830.

en las fobias puede pensarse que ha existido en los pueblos primitivos con respecto al totem, que no es en definitiva más que un símbolo del padre.

b) *El culto al "totem"*

Se puede intuir de lo anteriormente dicho cómo Freud está ya preparado para dar el siguiente paso: el animal "totem" no es más que un sustituto del padre. "El animal totem se presentaba al espíritu de los hijos como la sustitución natural y lógica del padre y la actitud que una necesidad interna les imponía con respecto al mismo expresaba algo más que la simple necesidad de manifestar su arrepentimiento. Mediante esa actitud con respecto al subrogado del padre podía intentarse apaciguar el sentimiento de culpabilidad que los atormentaba y llevar a efecto una especie de reconciliación con la víctima. El sistema totémico era como un contrato otorgado con el padre y por el que éste prometía todo lo que la imaginación infantil puede esperar de tal persona —su protección y su cariño—, a cambio del compromiso de respetar su vida; esto es, de no renovar con él el acto que costó la vida al padre verdadero. En el totemismo había también sin duda, un intento de justificación: 'Si el padre nos hubiera tratado como nos trata el totem, no habríamos sentido jamás la tentación de matarle'. De este modo contribuyó el totemismo a mejorar la situación y a hacer olvidar el suceso al que debía su origen.

Este proceso dio nacimiento a ciertos rasgos que luego hallamos como determinantes del carácter de la religión. La religión totémica surgió de la conciencia de culpabilidad de los hijos y como una tentativa de apaciguar este sentimiento y reconciliarse con el padre por medio de la obediencia retrospectiva. Todas las ulteriores religiones se demuestran como tentativas de solucionar el mismo problema, tentativas que varían según el estado de civilización en que son emprendidas y los caminos que siguen en su desarrollo, pero que no son sino reacciones idénticamente orientadas al magno suceso con el que se inicia la civilización y que no ha dejado de atormentar desde entonces a la Humanidad"⁴¹.

Así, pues, el sentimiento de culpabilidad lleva al hombre primitivo a reconocer retrospectivamente al padre todas sus prerrogati-

41. Ibid., p. 1840.

vas y privilegios. Se logra acallar así el fuerte remordimiento que angustiaba desde el inconsciente. La imagen del padre es resucitada y desplazada al animal totem. "Puede parecernos extraña semejante elección —dice Freud—, pero hemos de tener en cuenta que el abismo creado más tarde por el hombre entre sí mismo y el animal no existía para los primitivos, como tampoco existe en nuestros niños, cuyas zoofobias hemos logrado interpretar como miedo al padre. La relación con el animal totémico retenía íntegramente la primitiva antítesis (ambivalencia) de los vínculos afectivos con el padre: Por un lado, el totem representaba el antepasado carnal y espíritu tutelar del clan, debiéndosele veneración y respeto; por el otro, se estableció un día festivo en el que se le condenaba a sufrir el mismo destino que había sufrido el padre primitivo: era muerto y devorado en común por todos los hermanos (banquete totémico, según Robertson Smith). En realidad, esta magna fiesta era una celebración triunfal de la victoria de los hijos aliados contra el padre.

Mas, ¿dónde interviene en este asunto la religión? En que según creo, el totemismo, con su adoración de un sustituto paterno, con la ambivalencia frente al padre expresada en el banquete totémico, con la institución de fiestas conmemorativas, de prohibiciones cuya violación se castiga con la muerte: creo, pues, que tenemos sobrados motivos para considerar al totemismo como la primera forma en que se manifiesta la religión en la historia humana y para confirmar el hecho de que desde su origen mismo la religión aparece íntimamente vinculada con las formaciones sociales y con las obligaciones morales"⁴².

En la religión totémica, en su doble aspecto: culto al totem y comida totémica se refleja pues toda la ambivalencia inherente al complejo de Edipo. Esa ambivalencia va a ser conservada según Freud por todas las religiones. "Ya en esta época presenta el totemismo un rasgo que la religión ha conservado luego fielmente. La tensión de la ambivalencia era demasiado grande para poder ser compensada por medio de una organización cualquiera, o, dicho de otro modo, las condiciones psicológicas no eran nada favorables a la supresión de estas oposiciones afectivas. El caso es que la ambivalencia inherente al complejo de Edipo perdura tanto en el totemismo como en las religiones ulteriores. La religión del totemismo

42. *Moisés y la religión monoteísta*, III, p. 3290.

no abarca solamente las manifestaciones de arrepentimiento y las tentativas de reconciliación, sino que sirve también para conservar el recuerdo del triunfo conseguido sobre el padre. La satisfacción emanada de este triunfo conduce a la institución de la comida totémica, fiesta conmemorativa con ocasión de la cual quedan levantadas las prohibiciones impuestas por la obediencia retrospectiva y convierte en un deber la reproducción del parricidio en el sacrificio del animal totémico, siempre que el beneficio adquirido a consecuencia de tal crimen, o sea la asimilación y la aprobación de las cualidades del padre, amenazan desaparecer y desvanecerse bajo la influencia de nuevas transformaciones de la vida. No habrá de sorprendernos comprobar que este factor de la hostilidad filial vuelve a surgir a veces, bajo los más singulares disfraces y transformaciones, en ulteriores productos religiosos.

Si hasta aquí hemos perseguido y comprobado en la religión y en la moral las consecuencias de la corriente afectiva cariñosa con respecto al padre transformada en remordimientos, no podemos dejar de reconocer, sin embargo, que la victoria corresponde a las tendencias hostiles que impulsaron a los hermanos al parricidio. A partir de este momento, las tendencias sociales de los hermanos, en las cuales reposa la gran transformación, conservan durante mucho tiempo la más profunda influencia sobre el desarrollo de la sociedad, manifestándose en la santificación de la sangre común, o sea en la afirmación de la solidaridad de todas las vidas del mismo clan. Asegurándose así recíprocamente la vida, se obligan los hermanos a no tratarse jamás uno a otro como trataron al padre. A la prohibición de matar al totem, que es de naturaleza religiosa, se añade ahora otra de carácter social, la del fratricidio, y transcurrirá mucho tiempo antes de que esta prohibición llegue a constituir, sobrepasando los límites del clan, el breve y preciso mandamiento de 'no matarás'. En un principio es sustituida la horda paterna por el clan fraterno, garantizado por los lazos de la sangre. La sociedad reposa entonces sobre la responsabilidad común del crimen colectivo, la religión sobre la conciencia de la culpabilidad y el remordimiento, y la moral, sobre las necesidades de la nueva sociedad y sobre la expiación exigida por la conciencia de culpabilidad"⁴³.

Es conveniente hacer constar que en el pensamiento de Freud, el totemismo o forma de religión primitiva es una confirmación de

43. *Totem y tabú*, II, pp. 1840-1841.

sus teorías de que la religión es el resultado de una represión instintiva. "El totemismo, primera forma de religión que conocemos, contiene como piezas indispensables de su sistema una serie de preceptos y prohibiciones que, naturalmente, no son sino otras tantas renunciaciones instintuales: la adoración del totem, que incluye la prohibición de dañarlo o matarlo; la exogamia, es decir, la renuncia a la madre y a las hermanas de la horda apasionadamente deseadas; la igualdad de derechos establecida para todos los miembros de la horda fraterna, o sea, la restricción del impulso a resolver violentamente la mutua rivalidad"⁴⁴.

Para Freud, el tabú del incesto es la ordenanza fundamental de la sociedad civilizada. En el hombre primitivo, al igual que en los niños que él había estudiado clínicamente, el primer acto de autodisciplina en el que se basaba la civilización había sido el refrenamiento de las fantasías incestuosas. La religión no es más que una parte de esa civilización y por lo tanto necesariamente ha tenido que originarse también de la represión de un instinto.

5. DIOS COMO "SUBLIMACION" DEL PADRE

Estudiamos en este apartado el paso del totemismo o religión primitiva a las actuales religiones civilizadas, una de cuyas características principales es la adoración de un Dios personal. ¿De dónde ha surgido la idea de Dios?, o lo que es igual, ¿cómo llega Dios a ocupar el puesto del totem que a su vez representaba al padre? Ese es fundamentalmente nuestro problema.

a) La "sublimación" psicoanalítica

En su ensayo *Los instintos y sus destinos* (1915), Freud menciona cuatro destinos de los instintos o pulsiones. "La transformación en lo contrario. La orientación hacia la propia persona. La represión. La sublimación"⁴⁵.

En el psicoanálisis, "la sublimación es un caso particular de la ley general de la plasticidad de los instintos, de su capacidad de variar de objeto, de su disposición para aceptar sucedáneos y con-

44. *Moisés y la religión monoteísta*, III, p. 3313.

45. *Los instintos y sus destinos*, II, p. 2044.

tentarse con satisfacciones sustitutivas. La observación de hombres y animales revela que la tensión originada por necesidades se pueden liberar de determinados sectores de impulsos si en lugar de los objetos anhelados se ofrecen otros del mismo campo de necesidades o también objetos de sectores de impulsos completamente diversos”⁴⁶.

El término “sublimación” introducido en el psicoanálisis por Freud, evoca la idea de un desplazamiento de las energías pulsionales, hacia realizaciones de un nivel superior. “Conocemos otro más apropiado proceso de la evolución, la llamada ‘sublimación’, por la cual no queda perdida la energía de los deseos infantiles, sino que se hace utilizable dirigiendo cada uno de los impulsos hacia un fin más elevado que el inutilizable y que puede carecer de todo carácter sexual. Precisamente los componentes del instinto sexual se caracterizan por esa capacidad de sublimación de cambiar su fin sexual por otro más lejano y de un mayor valor social. A las aportaciones de energía conseguidas de este modo para nuestras funciones anímicas debemos probablemente los más altos éxitos civilizados”⁴⁷.

Según la tesis de Freud, la sublimación entra en juego cuando debido a una negación interna o externa, la “meta de la libido dirigida hacia el objeto”, experimenta un cambio. Lo esencial en el proceso de la sublimación, a diferencia de los otros mecanismos de defensa, es que la libido no se reprime, sino que tan sólo se desplaza de su meta. Y en este desplazamiento de la meta, la libido tiene que hacerse asexual. “La sublimación descansa en la desviación conveniente del instinto de su meta primitiva. El instinto por el camino de la sublimación es desviado a otra meta alejada de la satisfacción sexual. Esta desconexión del instinto se orienta hacia fines culturales y sociales, o sea de tipo religioso, artístico, científico, intelectual y social”⁴⁸.

El mecanismo de la sublimación consiste, en la transformación introyectiva de la libido objetiva en libido narcisista, lo que lleva consigo una desexualización. “La transformación de la libido objetal en libido narcisista, que aquí tiene efecto, trae consigo un aban-

46. GORRES, Albert, *Métodos y experiencias del psicoanálisis*. Editorial Herder, Barcelona, 1963, p. 158.

47. *Psicoanálisis*, II, p. 1562.

48. CARUSO, Igor A., *Bios, psique, persona*. Editorial Gredos, Madrid, 1965, p. 211.

dono de los fines sexuales, una desexualización, o sea, una especie de sublimación, e incluso nos plantea la cuestión, digna de un penetrante estudio, de si no será acaso éste el camino general conducente a la sublimación, realizándose siempre todo proceso de este género por la mediación del 'yo' que transforma primero la libido objetal sexual en libido narcisista, para proponerle luego un nuevo fin"⁴⁹.

Para aclarar esto, el psicoanálisis ha querido diferenciar entre instintos primarios e instintos secundarios. Bajo la denominación de instintos primarios se incluye las formas incipientes tanto del instinto sexual como del instinto del yo. En este estadio el instinto exige una satisfacción inmediata, se regula por el principio del placer, no tiene en cuenta el "bien común" de la especie. Frente a estos instintos primarios, existen formas de compromiso secundarias, evolucionadas, o limitaciones del instinto que ya no sólo tienen en cuenta los deseos del individuo sino que tienen también en cuenta el bien colectivo. El instinto secundario se rige por el principio de la realidad y no es nada más que un producto de la sublimación del instinto primario. El criterio más seguro del proceso de sublimación está dado por el hecho de que un instinto, que en principio presiona hacia una satisfacción inmediata, se inhibe y, además, una parte o la total energía de esta forma represada no se dirigen directamente a fines de placer.

Como fuente de sublimación se emplea ante todo el instinto sexual, puesto que éste es, para Freud, el instinto fundamentalmente constructivo y creador. La gran plasticidad de la libido hace que los instintos sexuales se caractericen por una gran capacidad de sublimación. La pulsión sexual "pone a la disposición de la labor cultural grandes magnitudes de energía, pues posee en alto grado la peculiaridad de poder desplazar su fin sin perder grandemente su intensidad. Esta posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero es lo que designamos con el nombre de capacidad de sublimación".

A lo largo de toda su obra, Freud recurre al concepto de sublimación con el fin de explicar, desde un punto de vista económico y dinámico, cierto tipo de actividades sostenidas por un de-

49. *Tres ensayos para una teoría sexual*, II, p. 1252.

seo que no se orienta, en forma manifiesta, hacia un fin sexual como por ejemplo, la Filosofía, el Derecho o la Religión.

b) *El origen de la idea de Dios*

La formación de la idea de Dios —según el pensamiento de Freud— tiene mucho que ver con el proceso de formación de la idea de padre: Dios es la representación infantil del padre carnal que ha sido sublimado. “Pero la investigación psicoanalítica del individuo nos ha evidenciado que el mismo concibe a Dios a imagen y semejanza de su padre carnal, que su actitud personal con respecto a Dios depende de la que abriga con relación a dicha persona terrenal y que, en el fondo, no es Dios sino una sublimación del padre. También aquí, como antes en el totemismo, nos aconseja el psicoanálisis que creamos a los fieles que nos hablan de Dios como un padre celestial, lo mismo que en épocas remotas hablaron del totem como de su antepasado. Si los datos del psicoanálisis merecen, en general, ser tomados en consideración, habremos de admitir que, sin perjuicio de aquellos otros orígenes y significaciones posibles de Dios sobre los cuales no puede nuestra disciplina proyectar luz ninguna, tiene que ser muy importante la participación de la idea de padre en la idea de Dios”⁵⁰.

Para Freud la figura de Dios no es más que la imagen paterna exaltada. “Pero de todas las ‘imágenes’ de la infancia, por lo general extinguidas ya en la memoria, ninguna tiene para el adolescente y para el hombre mayor importancia que la del padre. El imperio de lo orgánico ha impuesto a esta relación con el padre una ambivalencia afectiva cuya manifestación más impresionante quizá sea el mito griego del rey Edipo. El niño pequeño se ve obligado a amar y admirar a su padre, pues éste le parece el más fuerte, bondadoso y sabio de todos los seres; la propia figura de Dios no es sino una exaltación de esta ‘imago’ paterna, tal como se da en la más precoz vida psíquica infantil”⁵¹.

Durante su infancia el niño ha amado y admirado la imagen de su padre como la de un ser poderoso y sabio encargado de premiar sus buenas obras y de castigar las malas. Esta imagen perdura en el inconsciente del niño y, ensalzada y sublimada, da posteriormente origen a la idea de la Divinidad.

50. *Totem y tabú*, II, p. 1841.

51. *Múltiple interés del psicoanálisis*, II, p. 1893.

El mecanismo de la sublimación, juntamente con el de introyección constituye la base de la explicación freudiana del proceso de formación de la idea de Dios. Para comprender este proceso —que nosotros vamos solamente a esbozar—, es necesario tener en cuenta un hecho: La formación de la idea de Dios está íntimamente relacionada con el proceso de formación de la tercera de las instancias psíquicas de la personalidad, es decir, el Super-yo. Dios, en último término, no es para Freud más que el mismo Super-yo personificado y proyectado posteriormente por una especie de mecanismo paranoico.

El concepto de "introyección" significa que, en el curso de los primeros estadios de nuestra infancia, una exigencia que encontramos en nuestro ambiente cuando satisfacemos nuestras necesidades impulsivas puede convertirse en una "voz interior". En la introyección, el "yo" abandona el objeto exterior y lo reconstruye en su interior. Al formarse el Super-yo mediante este proceso de introyección el ideal personal hacia el que aspiraba la vida del niño sufre una gran transformación. Deja de estar fuera del sujeto, encarnado en una personalidad distinta y exterior —principalmente el padre— para quedar "interiorizado" y morar ya en el interior del psiquismo. Desde entonces, el hombre posee ya dentro de sí la imagen ideal de sí mismo, el punto de referencia al que ha de tender, aquello que se quiere ser. El super-yo asimila, por tanto, las representaciones del mundo exterior mediante un proceso de internalización o "introyección", que ha de ser completado por la "idealización" y la "sublimación".

El super-yo es para Freud la instancia continuadora del papel que han desempeñado los padres en la vida del niño. Sublimado y espiritualizado da origen a la idea de Dios. La religión no es para Freud más que una formación perteneciente al Super-yo. Propiamente la idea de Dios se reduce a ser una proyección de esa instancia paterna.

Un autor contemporáneo ha sintetizado así este proceso de formación de la idea de Dios:

"La formación del Super-yo importa una fuerte 'idealización'. La antigua representación paterna queda ya muy lejana y distante, substituida por una idea muy elevada de la perfección personal que impone al Yo una crítica y coerción dura e intransigente, en íntima conexión con los matices que tuvieran las exigencias del an-

tiguo padre. Todas las cualidades del padre quedan 'idealizadas', integradas en el Super-yo, que acertadamente recibe también el nombre de Ideal del Yo.

La 'sublimación' acaba por trasponer de plano las representaciones y tendencias reprimidas. Lo que empezó por ser 'instintivo' acaba por ser 'espiritual'. Es la más fuerte desexualización de los instintos y eleva la primitiva representación paterna a un orden trascendente. En repetidas ocasiones Freud ha afirmado que la idea de Dios es el resultado de una fuerte 'sublimación' del padre infantil. Podríamos decir que con ella ha concluido la formación de la idea de Dios que partió de la representación paterna.

Finalmente, esta representación sublimada será proyectada del interior de la psique al mundo de la trascendencia. Dios y el orden religioso es el resultado de la 'proyección' personificada de las vivencias endo-psíquicas que se formaron merced a un largo proceso de elaboración. Dios es, en definitiva, una proyección del Super-yo, que se hipostasía y adquiere autonomía y personalidad. En este sentido las formaciones religiosas recuerdan el mecanismo de las formaciones paranoicas, que tienen también a su base, un mecanismo de proyección"⁵².

Llevando el paralelismo de la evolución religiosa del individuo a la evolución de la religiosidad en la Humanidad, se concluye fácilmente que será en el estadio que sigue al totemismo cuando propiamente surge la sistematización religiosa, de la cual el totemismo no era sino su inmediata preparación. Durante este período tiene lugar la sustitución del totem por las representaciones divinas que son las que caracterizan a las religiones.

Para que realmente pueda darse este proceso de la sustitución del totem por la figura de Dios, es preciso, según Freud, que se haya modificado la conducta de los hijos con respecto al padre asesinado. "Así, pues, el totem sería la primera forma de tal sustitución del padre, y el dios, otra posterior y más desarrollada en la que el padre habría recobrado la figura humana. Esta nueva creación, nacida de la raíz de toda formación religiosa, o sea de la 'añoranza del padre', habría llegado a ser posible, una vez que con el transcurso del tiempo sobrevinieron modificaciones esenciales en la actitud con respecto al padre y quizá también con respecto al animal.

52. FREUD, Enrique, o. c., p. 158.

Aun prescindiendo del comienzo de un extrañamiento psíquico del animal y de la descomposición del totemismo, efecto de la domesticación, no resulta difícil establecer cuáles fueron tales modificaciones. La situación creada por la supresión del padre entrañaba un elemento que con el transcurso del tiempo había de provocar un extraordinario incremento de la añoranza filial. Los hermanos, que se habían reunido para consumar el parricidio, abrigaban todos el deseo de llegar a ser iguales al padre y lo manifestaron absorbiendo en la comida totémica partes del cuerpo del animal sustitutivo. Pero a consecuencia de la presión que el clan fraterno ejercía sobre todos y cada uno de los miembros, hubo de permanecer insatisfecho tal deseo. Nadie podía ni debía alcanzar ya nunca la omnipotencia del padre, objeto de los deseos de todos. De este modo, la hostilidad contra el padre que impulsó a su asesinato fue extinguiéndose en el transcurso de un largo período de tiempo para ceder su puesto al amor y dar nacimiento a un ideal cuyo contenido era la omnipotencia y falta de limitación del padre primitivo combatido un día, y la disposición a someterse a él. La primitiva igualdad democrática de todos los miembros de la tribu no pudo ser mantenida a la larga, a causa de los profundos cambios sobrevenidos en el estado de la civilización, y entonces surgió una tendencia a resucitar el antiguo ideal del padre, elevando a la categoría de dioses a hombres que se habían demostrado superiores a los demás. Actualmente nos parece inconcebible que un hombre pueda llegar a ser dios y que un dios pueda morir, pero la antigüedad clásica admitía sin esfuerzo alguno estas representaciones. La elevación a la categoría de Dios del padre antiguamente asesinado, al que la tribu hacía remontar su origen, constituía una tentativa de expiación mucho más seria de lo que antes fue el contrato con el totem"⁵³.

A la primitiva horda presidida por el padre, sucedió un clan fraterno de tipo matriarcal. La madre había heredado los poderes paternos, al renunciar los hijos a sustituir al padre en sus prerrogativas y privilegios. Sin embargo, esta organización tampoco era sostenible. A medida que transcurre el tiempo, los hijos van olvidándose de la antigua hostilidad contra el padre, y en su lugar crece el amor y el deseo de reemplazarle que, antiguamente, habían abrigado los hijos. La primitiva igualdad de la sociedad ma-

53. *Totem y tabú*, II, pp. 1842-1843.

triarcal se va haciendo imposible de mantener y se llega, de nuevo, al restablecimiento del antiguo poderío del padre: el régimen matriarcal cede su lugar al patriarcal. "Poco a poco, los miembros de la masa fraternal se aproximaron al restablecimiento del antiguo estado conforme a un nuevo plan. El hombre asumió otra vez la jefatura, pero sólo la de una familia, y acabó con los privilegios del régimen matriarcal, instaurado después de la supresión del padre. A título de compensación reconoció quizá entonces las divinidades maternas, servidas por sacerdotes que sufrían la castración para garantía de la madre conforme al ejemplo dado antes por el padre"⁵⁴.

Entre la aparición de las divinidades maternas y la de los dioses masculinos, Freud sitúa la formación del mito del héroe como un estado precoz de divinización. "La mentira del mito heroico culmina en la divinización del héroe. Es muy posible que el héroe divinizado sea anterior al dios —padre— y constituye el precursor del retorno del padre primitivo como divinidad. Las divinidades se habrían, pues, sucedido en el siguiente orden cronológico: diosa madre —héroe—, dios padre. Pero hasta la elevación del padre primitivo, jamás olvidado, no adquirió la divinidad los rasgos que hoy nos muestra"⁵⁵.

El mito del héroe dará entrada a las divinidades masculinas. Estos dioses masculinos son numerosos, se limitan mutuamente y en ocasiones se subordinan a un dios superior. Surgen así las jerarquías de dioses que preparan el advenimiento de un dios superior que ejerce su autoridad sobre todos los demás. Dicho con otras palabras, nos encontramos a las puertas del monoteísmo. Con éste se logrará la más fuerte sublimación e idealización de la figura paterna. "La noción de una divinidad suprema parece haber surgido muy tempranamente, al principio en forma sólo nebulosa y sin conexión alguna con los intereses cotidianos del hombre. Al fundirse las tribus y los pueblos para formar unidades más vastas, también los dioses se organizan en familias, en jerarquías. A menudo uno de ellos es erigido en dueño y señor de dioses y hombres. No es sino a tientas y paulatinamente como se da entonces el paso siguiente hacia la adoración de un solo Dios, y por fin prodúcese la decisión de conceder todo el poder al Dios único y de no to-

54. *Psicología de las masas y análisis del yo*, III, p. 2604.

55. *Ibid.*, p. 2605.

lerar otros dioses junto a él. Sólo entonces quedó restablecida toda la grandeza del protopadre de la horda primitiva: los afectos a él dirigidos podían entonces repetirse" ⁵⁶.

6. EL MONOTEISMO, PUNTO FINAL DE LA EVOLUCION RELIGIOSA

Conocida la evolución de la religiosidad desde el culto al totem hasta la veneración de un dios antropomorfo, no puede sorprendernos la tesis monoteísta de Freud. De hecho sostiene que es un paso normal de la historia de las religiones, una consecuencia coherente y lógica con la que se cierra un todo perfectamente armónico.

El mismo Freud nos da a conocer el contenido de *Moisés y la religión monoteísta*, que es la obra que se ocupa de este problema. "Mi librito, que actualmente está en la imprenta, lleva el título *Moses and Monotheism* ('Moisés y el monoteísmo'). Como espero que podrá comprobar por sí mismo la primavera próxima, contiene una investigación basada en presunciones analíticas sobre el origen de la religión, específicamente el monoteísmo hebreo, y es sencillamente secuela y prolongación de otra obra que publiqué hace veinticinco años con el título *Totem and Tabu* ('Totem y tabú')" ⁵⁷.

A grandes rasgos podría decirse que *Totem y tabú*, abarca el desarrollo religioso desde los albores de la Humanidad hasta el origen propiamente dicho de las religiones; mientras que *Moisés y la religión monoteísta*, presuponiendo ya conocido ese desarrollo y prosiguiendo la línea de evolución histórica, plantea el problema del nacimiento del monoteísmo y más en concreto el origen del monoteísmo judío.

a) *La génesis del monoteísmo judío*

Freud explica el origen del monoteísmo hebreo fundándose en razones históricas y religiosas centradas en torno al personaje Moisés que jugó un papel esencial en la vida del citado pueblo.

56. *Moisés y la religión monoteísta*, III, pp. 3321-3322.

57. Carta a Charles Singer del 31 de octubre de 1938. Citada en Sigmund FREUD, *Epistolario II* (1891-1939). Plaza Janés Editores, Esplugas de Llobregat, 1972, p. 196.

El fondo histórico del proceso de formación del monoteísmo judío se halla según el psicoanálisis en Egipto. "Las conquistas de la dinastía XVIII han hecho de Egipto un imperio mundial. El nuevo imperialismo se refleja no en el desarrollo de las nociones religiosas, sino en las de todo el pueblo, al menos en las de su capa dominante e intelectualmente activa. Bajo la influencia que ejercen los sacerdotes del dios solar On (Heliópolis), reforzada quizá por incitaciones asiáticas, surge la idea de un dios universal, Aton, que ya no está restringido a determinado pueblo o país. Con el joven Amenhotep IV (que más tarde adoptará el nombre de Ikhnaton), llega al trono un faraón cuyo supremo interés es el de propagar esta idea teológica. Instituye la religión de Atón como doctrina de Estado, y por su intermedio el dios universal se convierte en el 'Dios único'; todo lo que se cuenta de otros dioses es falacia y mentira"⁵⁸.

Bajo los débiles sucesores de Ikhnaton se derrumbó cuanto se había creado. La venganza de las castas sacerdotales y del pueblo oprimido se descargó sobre su memoria; la religión de Aton fue abolida, la ciudad residencial del faraón condenado por hereje fue arrasada y saqueada.

Surge en estas circunstancias el personaje Moisés. Era un encumbrado personaje egipcio, decidido partidario de la religión de Aton. Para este hombre la caída de Ikhnaton y la abolición del monoteísmo implicaban el fin de todas las esperanzas. En Egipto sólo podía vivir como proscrito o renegado. "Siendo quizá gobernador de una provincia limítrofe, habríase relacionado con una tribu semita inmigrada allí algunas generaciones antes. En la zozobra de su desengaño y su aislamiento se vinculó con estos extranjeros, buscando en ellos compensación para lo que había perdido. Los adoptó como pueblo suyo y trató de realizar en ellos sus ideales. Después de haber abandonado Egipto acompañado de su séquito, los ungió con el signo de la circuncisión, les dio leyes, los inició en las doctrinas de la religión atónica, que los egipcios acababan de proscribir. Los preceptos que este hombre, Moisés, dio a sus judíos, quizá fueran aún más severos que los de su amo y maestro Ikhnaton; quizá abandonará también el culto del dios solar de On, que aquél aún había conservado"⁵⁹.

58. *Moisés y la religión monoteísta*, III, pp. 3274-3275.

59. *Ibid.*, p. 3275.

Así, pues, la idea de un Dios único nacería en Egipto y sería fruto de las miras imperialistas de un faraón que intentaba reinar sobre todo el mundo. Moisés se habría apoderado de esa idea y trató de inculcarla al pueblo judío fundado por él. Este pueblo aceptó este monoteísmo propugnado por Moisés. Más aún, se aferró tan enérgicamente a esa idea que hizo de ella el contenido básico de su espiritualidad sin dedicar el menor interés a ninguna otra.

Tratando de aclarar el por qué en Egipto fracasó el monoteísmo mientras que los judíos después de muchas indecisiones acabaron por aceptarlo, Freud estableció la hipótesis del asesinato de Moisés. Los preceptos de éste eran severos y acabaron por hacerse insoportables para el pueblo judío. Un día los israelitas se rebelaron contra Moisés, lo mataron y rechazaron el monoteísmo que les había impuesto, tal como antes lo habían hecho los egipcios.

Sin embargo, en un momento determinado de la Historia, las doctrinas mosaicas que habían sido desechadas acaban por ser aceptadas íntegramente por el pueblo judío. ¿Qué ha pasado? Para dar cuenta de este hecho, Freud recurre una vez más a la analogía entre la psicología individual y la colectiva, o lo que es igual, entre los síntomas neuróticos y los fenómenos religiosos. Papel fundamental en el proceso lo va a jugar el llamado fenómeno de la "latencia".

En su interpretación de la historia del judaísmo y en la parte que hace referencia al proceso de formación del monoteísmo, Freud propone una analogía. "Ve una serie completa de correspondencias entre 'el problema de la neurosis traumática (el hecho psicológico) y el del monoteísmo judío (el hecho histórico)'. La neurosis individual es desencadenada por el trauma, el monoteísmo judío comienza con el acontecimiento traumático del asesinato de Moisés. Hay otro rasgo en común, que es el rasgo que Freud llamó 'latencia', pues el trauma adquiere su dinamismo en el período de latencia que debe atravesar. La represión de la doctrina mosaica en la época del asesinato de Moisés (crimen traumático que formó el carácter judío) es entendida como 'el período de latencia de la historia de la religión judía'. Pero la represión colectiva, como la represión individual, no 'desaparece sin dejar rastros'. Sobrevive como algo potencial en la estructura biológica hereditaria del hombre, como 'una

tradición dormida', que con posterioridad vuelve a la superficie y genera el carácter histórico de los judíos" ⁶⁰.

Como sabemos, los síntomas neuróticos son la consecuencia de unas determinadas vivencias e impresiones, que por eso mismo consideramos como traumas etiológicos. Todos estos traumas corresponden a la temprana infancia, hasta alrededor de los cinco años. Por regla general, estas vivencias son completamente olvidadas, permanecen inaccesibles al recuerdo, caen en el período de amnesia infantil o de "latencia". Durante esta época el individuo conserva la huella mnemotécnica de las vivencias infantiles, pero en un estado psicológico peculiar: a manera de conocimiento que se tiene de lo reprimido. Lo olvidado no está extinguido, sino sólo "reprimido". Las huellas mnemotécnicas subsisten en plena lozanía, pero están aisladas. No pueden establecer contacto con los demás procesos afectivos o intelectuales; son inconscientes, inaccesibles a la conciencia.

Cuando más tarde, por ejemplo, en la pubertad aparecen sucesos o impresiones de carácter semejante a lo reprimido, el contenido "latente" influenciado por estas impresiones se reanima y el material reprimido reforzado por la energía procedente del material reciente vuelve a emerger al plano consciente del que había sido rechazado anteriormente en el tiempo dominado por las vivencias infantiles.

"Trauma precoz-Defensa-Latencia-Desencadenamiento de la neurosis-Retorno parcial de lo reprimido: he aquí la fórmula que establecimos para el desarrollo de una neurosis. Ahora invitamos al lector a que dé un paso más, aceptando que en la vida de la especie humana acaeció algo similar a los sucesos de la existencia individual, es decir, que también en aquella ocurrieron conflictos de contenido sexual agresivo que dejaron efectos permanentes, pero que en su mayor parte fueron rechazados, olvidados, llegados a actuar sólo más tarde, después de una prolongada latencia, y produciendo entonces fenómenos análogos a los síntomas por su tenencia y su estructura.

Creemos poder conjeturar estos procesos y demostraremos que sus consecuencias, equivalentes a los síntomas neuróticos, son los fenómenos religiosos. No pudiéndose dudar ya, desde la aparición

60. RIEFF, Philip, *Freud. La mente de un moralista*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1966, pp. 212-213.

de la idea evolucionista, que el género humano tiene una prehistoria, y siendo ésta ignorada, es decir, olvidada, aquella deducción tiene casi el valor de un postulado. Cuando nos enteremos de que los traumas efectivos y olvidados conciernen, en uno como en otro caso, a la existencia en la comunidad familiar humana, saludaremos esa noticia como un inesperado, pero muy oportuno complemento que nuestras consideraciones precedentes no llevaban implícito" ⁶¹.

En conclusión, pese a sus discrepancias fundamentales, el problema de la neurosis y el del monoteísmo judío tienen según el pensamiento de Freud un punto de coincidencia, un rasgo común: el fenómeno de la "latencia". Un ejemplo aclarará algo esta doctrina. "Sucede que un hombre abandona, al parecer indemne, el lugar donde le ha ocurrido un accidente pavoroso, como, por ejemplo, un choque de trenes; mas en el curso de las semanas siguientes produce una serie de graves síntomas psíquicos y motores que sólo pueden atribuirse a la conmoción sufrida o a cualquier otro factor que a la sazón hubiese actuado. Decimos que este hombre padece ahora una 'neurosis traumática'. Esta parecería ser totalmente incomprensible, es decir, presenta un hecho nuevo. El intervalo transcurrido entre el accidente y la primera aparición de los síntomas se denomina 'período de incubación', aludiendo claramente a la patología de las enfermedades infecciosas. Profundizando el examen, debe llamarnos la atención que, pese a sus discrepancias fundamentales, el problema de la neurosis traumática y el del monoteísmo judío tienen un punto de coincidencia: su rasgo común, que quisiéramos calificar de 'latencia'. En efecto, según nuestra fundada presunción, la historia de la religión judía presenta, una vez apostatada la religión mosaica, un prolongado período en el que no queda el menor rastro de la idea monoteísta, del repudio por el ceremonial y del predominio ético. Todo esto nos prepara para aceptar la posibilidad de que nuestro problema haya de solucionarse recurriendo a determinada situación psicológica" ⁶².

Aplicando el fenómeno de la 'latencia' al desarrollo del monoteísmo judío, Freud se expresa así: "El pueblo judío abandonó la religión de Aton que le había dado Moisés, dedicándose a la adoración de otro dios, poco diferente de los 'Baalim' que veneraban los pueblos vecinos. Todos los esfuerzos de las tendencias distorsio-

61. *Moisés y la religión monoteísta*, III, p. 3289.

62. *Ibid.*, p. 3280.

nantes posteriores no lograron ocultar esta circunstancia humillante. Mas la religión mosaica no había desaparecido sin dejar rastro, pues se mantuvo algo así como un recuerdo de ella, una tradición quizá oscura y deformada. Y esta tradición de un pasado grandioso fue la que siguió actuando desde la penumbra, la que poco a poco fue dominando el espíritu del pueblo y por fin llegó a transformar al dios Jahvé en el dios mosaico, despertando a nueva vida la religión de Moisés, instituida muchos años atrás y luego abandonada”⁶³.

Y, ¿por qué la idea monoteísta ejerció tal influjo sobre el pueblo judío? “Creo que dicha pregunta tiene respuesta —dice Freud—. El destino enfrentó al pueblo judío con la gran hazaña de los tiempos primitivos —el parricidio—, pues le impuso su repetición en la persona de Moisés, una eminente figura paterna”⁶⁴.

Al asesinato de Moisés sucedió en la historia ulterior del pueblo judío un período de latencia, en el cual se abandonó el mono-teísmo y las normas de conducta abstractas y espiritualizadas que había intentado ponerles su fundador y para asimilar las cuales no estaban aún preparados.

Pero los judíos habían cometido un acto de una trascendencia psicológica inigualable: habían repetido el asesinato del padre primitivo en la persona de su nuevo padre Moisés. El sentimiento de culpabilidad queda así “densificado” y les lleva a adoptar unas prácticas religiosas altamente espiritualizadas. Impulsados por un enérgico sentimiento de culpabilidad los judíos alcanzan las cumbres del monoteísmo aceptando para ello la religión de un dios-padre fuertemente sublimado y espiritualizado. Se establece así el antiguo padre derrocado y asesinado mediante el proceso que Freud llama de la “obediencia retrospectiva”.

En resumen, como causa del resurgir del monoteísmo, Freud pone el asesinato de Moisés, padre y fundador del pueblo judío. Ese asesinato es al monoteísmo lo que el asesinato del padre primitivo habría sido al totemismo y representaba frente a este último el papel de relevo, de refuerzo y de amplificación o perfeccionamiento.

Si los judíos en particular se convirtieron en celosos testigos del monoteísmo fue porque renovaron el delito primitivo sobre el

63. *Ibid.*, pp. 3281-3282.

64. *Ibid.*, p. 3294.

padre del pueblo judío, Moisés, asesinándolo a la vez. El sentimiento de culpabilidad se adueñó de ellos con vehemencia excepcional: renegaron de su acto, pero para reconocer más que ningún otro pueblo al padre primitivo. Fue por la repetición histórica del homicidio de Moisés por lo que los judíos intensificaron su sentimiento de culpabilidad y consiguientemente su espiritualismo, su engrandecimiento y su divinización de la figura paterna.

El culto totémico nace con el parricidio y se traduce en la religión del padre. El nacimiento del monoteísmo judío se debe a la renovación del parricidio en la persona del padre de dicho pueblo judío. Este pueblo invadido por un sentimiento de culpabilidad fuera de lo común a causa del doble parricidio reniega radicalmente de su culpa pero únicamente para reconocer, más que ningún otro pueblo, al Padre por excelencia en el Dios único.

Como fundamento de la formación del monoteísmo judío, Freud recurre una vez más al sentimiento de culpabilidad. El crimen actuaba en el inconsciente del pueblo, donde había permanecido "olvidado" durante mucho tiempo. Un día ese sentimiento de culpabilidad será actualizado y fruto de la actualización de la culpabilidad será la vuelta al proto-padre, pero no al proto-padre tirano y usurpador, sino al proto-padre divinizado.

Los mecanismos de la religiosidad, con fundamentación psicológica, descubiertos por Freud, han jugado un papel importante en la formación del monoteísmo judío. El crimen repetido del padre ha fijado definitivamente a ese pueblo en una indestructible fijación paterna. La represión alcanza en este pueblo una energía tanto mayor cuanto lo es el sentimiento de culpabilidad que se deriva del doble crimen. Pero a través de la represión aparece siempre la imagen fijada del padre en un incesante retorno de lo reprimido, que motiva nuevas y más fuertes represiones. Estas consiguen por una parte elevadas sublimaciones de los instintos y por otra, las más altas idealizaciones del padre.

En la interpretación psicoanalítica del monoteísmo judío se ha hecho jugar sobre todo, dos mecanismos psicológicos: la fijación al complejo paterno, motivada en los judíos por el asesinato real de su padre Moisés, y el incesante retorno de lo reprimido que traza los rasgos de su carácter. Ambos mecanismos los impulsan a mantener un ideal del Yo cada vez más elevado y espiritualizado. Estos dos elementos dinámicos de gran poder energético son co-

munes a toda religión, pero alcanzan una especial intensidad en el caso de la religión judía, ya que la repetición del asesinato del padre les confirió un inusitado vigor.

Como punto final diremos, que con el establecimiento del mono-teísmo, queda cerrado el proceso de la evolución religiosa. Este proceso de evolución está centrado en el complejo de Edipo, que es, según Freud, la raíz de donde brotan la Religión, la neurosis y la cultura. "De la investigación que hasta aquí hemos desarrollado en la forma más sintética posible podemos deducir como resultado que en el complejo de Edipo coinciden los comienzos de la religión, la moral, la sociedad y el arte, coincidencia que se nos muestra perfectamente de acuerdo con la demostración aportada por el psicoanálisis de que este complejo constituye el módulo de todas las neurosis, en cuanto hasta ahora nos ha sido posible penetrar en la naturaleza de estas últimas"⁶⁵.

JOSE DIAZ MURUGARREN

65. *Totem y tabú*, II, p. 1847.